

**“LAS SOMBRAS”**

**(Brooklyn Heights Blues)**

Luis de la Fuente

<http://www.imdb.com/name/nm0209252/>

“Little by little we say good-bye to one another without scarcely realize ourselves.”

*“Poco a poco nos vamos despidiendo los unos de los otros sin apenas darnos cuenta”*

## **Guirnaldas**

Entró en la diminuta oficina del taller sin encender la luz y se aproximó dejadamente hacia la ventana, cuyo vidrio se cubrió rápidamente por el vaho de su respiración. En la avenida, iluminada por las luces multicolores que engalanaban desde hacía días la Navidad, llovía levemente, como aquella tarde gris alejada en el tiempo desde la que Angya se había asomado tantas veces al horizonte yermo de su vida para decirle que la diferencia de edad entre ambos no significaba nada para ella, que le amaba como jamás había amado a nadie y que pronto regresaría a España para estar junto a él.

Entonces él tenía sólo veintiún años y no contaba con medios para poder alargar su estancia en Nueva York ni un solo día más. ¡Cuántas veces a lo largo de su vida se había arrepentido de haber tomado ese vuelo de regreso a Madrid! ¡Cuántas veces se había arrepentido de haber vuelto! Si de algo fue culpable es de no prever que el futuro de ambos pudiera subordinarse a la toma de aquella única decisión, ni de imaginar sus consecuencias. Se despidió de ella en silencio, con el alma hecha jirones y el corazón roto. Fue un adiós amargo con tacto a piel mojada y paladar salobre, que Miguel intuyó definitivo. Si alguna imagen hubiera deseado desterrar para siempre de su pasado sería la de Angya desapareciendo poco a poco de su vista a medida que aquel cochambroso taxi que le llevaría al aeropuerto Kennedy se alejaba por un desolado Riverside Boulevard, aquella tarde húmeda y sin sombras en la que el cielo y el mar se pusieron de acuerdo para teñir Long Island de azabache.

Miguel bajó la vista con pesar y se quedó contemplando ensimismado los reflejos de las guirnaldas luminosas sobre el asfalto mojado de la avenida.

## **Manhattan**

-¿Qué te parece Eva?

Miguel le respondió sin dejar de mirar hacia el East River a través del amplio ventanal del autobús, que en ese momento atravesaba el puente de Brooklyn hacia Manhattan:

-Extrovertida.

Carlos, que esperaba otro tipo de respuesta, miró a su amigo, extrañado:

-¡Extrovertida! ¿Eso es todo?

-¿Y qué quieres que te diga, Carlos?

-Lo que piensas. Para eso te he preguntado.

Miguel se vio obligado a tomar partido:

-No deberías haber cortado con Myriam. Eso es lo que pienso.

-Son cosas que suceden, Miguel. La relación iba cada vez peor. Ella estaba cansada, y si te digo la verdad, yo también.

-Me has preguntado y te he respondido. Eso es todo. Myriam es una buena chica.

-En ningún momento he dicho que no lo fuese.

- Además, todavía no sabes si le gustas a Eva o no -dijo Miguel tras un silencio.

-Sí, sé que le gusto. Estoy seguro.

Miguel, que observaba los rascacielos como si fueran a desaparecer bajo las aguas del East River de un momento a otro, no se atrevió a hacer más comentario. ¡Qué pequeña era su barriada de San Fermín contemplada desde la vastedad de aquella ciudad de ensueño! ¡Qué pequeño era su mundo y qué distante y qué próximo estaba de él al mismo tiempo!

-Podría volver en Navidad. -comentó Carlos en voz alta.

Miguel no apartó la vista de la ventanilla; su mirada, absorta, quedó abruptamente suspendida al hilo de un mal pensamiento: él no podría volver en Navidad; ni en Navidad, ni en Semana Santa, ni en el próximo verano ni en el siguiente. Regresaría a su

habitación de dos noventa por dos setenta, entre cuyas paredes pasaba las horas imaginando cómo podría llegar a ser su vida cuando tuviera la edad de su padre. Lo que llevaba peor era asomarse al diminuto balcón y no poder ver la calle, ni la gente, ni los coches, ni nada. Nunca le agradeció a su tío Julio lo bastante que le regalara por su cumpleaños aquel telescopio casi de juguete; el cielo, esa pequeña porción de cielo que se dejaba ver allá arriba, entre su casa y los muros de ladrillo y cemento de los bloques vecinos que ahogaban su visión, era para él todo el horizonte, y cuando se asomaba al ocular de su pequeño refractor, aunque la luz de la ciudad apenas le permitiera atisbar estrella alguna, sentía que volaba. Por eso, cuando su padre se echó a reír a carcajadas al verle mirando a través de la *tubería del retrete*, como él empezó a llamar al monóculo despectivamente a partir de esa noche, creyó escuchar cómo el espíritu de su madre, allá donde se encontrara, lloraba.

## **Angya**

No acababa de comprender muy bien qué incitaba a Eva a lucir aquellas minifaldas plisadas tan cortas que, al menor movimiento, dejaban entrever las pequeñas braguitas, ayer rosas, hoy blancas, mañana a saber de qué color, que usaba esa preciosa cubanita de veinticuatro años que Angya, la tía de Carlos, tenía por vecina. ¿Gustarle? ¡Pero cómo podía gustarle a Carlos esa chica más que Myriam! ¿Había perdido el juicio?

Eva entró en la sala sin prisas, cogió su paquete de tabaco y encendió un cigarrillo, dándole una profunda calada. Miguel, que no pudo evitar bajar la vista hacia las piernas de Eva cuando ésta las cruzó, se le quedó mirando con curiosidad.

-¡Así que no conoces todavía a Angya! -exclamó Eva con afabilidad.

-No, pero Carlos me ha dicho que es una persona muy agradable.

Eva le miró, entre curiosa y extrañada:

-¿Eso te ha dicho? ¿Nada más?

Eva recorrió la habitación con la vista y comentó:

-Antes tenía algunas fotos tuyas por aquí, pero ahora no las veo. No sé qué habrá hecho con ellas.

Carlos, que en ese momento descendía los últimos peldaños de la escalera que comunicaba con el piso superior de la vivienda, preguntó a Eva según entraba en la sala:

-¿Tienes algo que hacer esta noche, Eva?

-¿Por qué? -preguntó Eva a Carlos sin saber muy bien qué pensar.

-Bueno, como me dijiste que no tenías ningún compromiso, he pensado que quizá podríamos salir juntos a cenar.

Eva le pregunta con cierta sorna:

-Cuando dices juntos, ¿te refieres a ti y a mí?

Carlos, que no sabe bien muy cómo reaccionar ante una pregunta tan directa, asiente con cierta torpeza.

-Eres un picarón tú, ¡eh!

Eva se dirige a Miguel, y pregunta:

-¿Qué opinas, Miguel? ¿Debo fiarme?

Miguel alza los hombros haciéndose el desentendido.

Eva, que miraba a Miguel esperando tal vez otro tipo de respuesta, se vuelve hacia Carlos:

-Hoy no puedo, pero podemos salir juntos mañana, si quieres.

Todos oyeron cómo se abría la puerta de la casa. Carlos salió de la sala, dirigiéndose hacia el recibidor. Eva se puso en pie, aproximó su rostro hacia el de Miguel, y le susurró al oído con un hilo de voz antes de salir de la estancia:

-Hubiese preferido cenar a solas contigo.

Miguel, desconcertado ante las palabras de Eva, aunque no del todo sorprendido, escuchó cómo ésta, Carlos y su tía se saludaban cariñosamente y, tras intercambiar una breve conversación en tono desenvuelto, se aproximaron hacia la habitación en la que se encontraba. Cuando Miguel vio entrar a Angya, porque sólo recuerda haberla visto entrar a ella, se puso en pie como disparado por un resorte invisible. Angya era, sin lugar a dudas y con diferencia, la mujer más atractiva que había visto jamás. No muy alta, pero estilizada, sus facciones, extraordinariamente delicadas, parecían haber sido cinceladas con una precisión fuera de este mundo: los labios finos y carnosos; la nariz, ni grande ni pequeña, proporcionada y ligeramente respingona; el cabello rubio, suelto, formando una melena que le llegaba a los hombros y le daba un aire despreocupado y jovial. Y sus bellísimos y profundos ojos azules, ¡oh, Dios mío!, eran como dos ventanas desde las que su alma se derramaba, acariciando con delicada mansedumbre todo lo que se encontraba a su alrededor. ¿Era posible que aquella preciosidad, en cuyo rostro el paso del tiempo aún no había dejado huella, le doblase la edad?

Fue un instante muy breve, pero ella debió captar todos y cada uno de sus pensamientos, porque cuando Miguel *volvió en sí* la descubrió mirándole con fijeza y sin pestañear a través de sus ojos del color del mar al atardecer, como si se tratara de una aparición. Cuando Angya distendió sus facciones y le sonrió, obsequiándole con un par de besos, Miguel creyó deshacerse.

## **El restaurante**

Quizá fueran sus exquisitos modales, la seguridad con la que se expresaba y se movía, su extraordinaria belleza o la mezcla tal vez de todos esos atributos, pero la presencia de Angya, además de imponerle, le turbaba. Por eso Miguel apenas se atrevía a mirarla.

-Me ha dicho Eva que enseguida os localizó en el aeropuerto. -Angya se dirigió a su sobrino.

-Sí, lo del cartel fue buena idea.

-Lo cierto es que yo tampoco tenía un recuerdo muy claro tuyo, por eso pensé que lo más socorrido sería un cartel.

-¿A qué fuiste a Houston? -preguntó Carlos despreocupadamente a su tía Angya, que durante unos instantes pareció vacilar.

-A buscar algún local para las nuevas oficinas de la compañía -contestó la mujer sin profundizar más en el tema.

-¿Y lo encontraste?

-No. Tendré que volver.

-¿A Houston?

Carlos no parecía darse cuenta de que estaba incomodando a su tía.

-Sí, a Houston.

-¿Este mes? -Carlos insistía.

-Sí, Carlos, este mes, pero serán sólo unos días.

La alegría contagiosa, aunque mesurada, que hasta ese momento parecía haber acompañado a Angya durante la cena se había disipado, quién sabe por qué, tras esa breve tanda de preguntas. Angya se dirigió a Miguel, que no pudo evitar azorarse

-Háblame de ti, Miguel. ¿Tienes hermanos?

- No. -contestó Miguel mientras sentía cómo una oleada de calor invadía su cara.

-A tus padres les habrá gustado que hayas venido a los Estados Unidos, imagino.

Miguel cruzó una rápida mirada con Carlos y se armó de valor para responder:

-Mi madre murió hace dos años. En cuanto a mi padre, lo cierto es que no creo que le importe demasiado.

¡Qué podría haber dicho sino la verdad! -pensó Miguel mientras su mirada se perdía sin querer en el intenso azul de los ojos de Angya.

-Pero te ha pagado el viaje. -dijo Angya, interrogando a Miguel con la mirada.

-Tenía algo ahorrado.

-No te llevas bien con tu padre.

-No muy bien.

Angya se le quedó mirando con cierta gravedad. Finalmente, tras unos instantes de introspección, dijo:

-Mientras estéis aquí ninguno de los dos tendréis que preocuparos por la manutención. Se lo dije a Carlos antes de venir. Y también lo hablé con mi hermano Nacho por teléfono.

Angya destapó la bandeja que había dejado el camarero sobre la mesa apenas unos instantes antes y dijo con cierto disgusto al ver su contenido:

-¡Ah, no, esto no es lo que hemos pedido! Aquí en cuanto te descuidas te ponen las sobras.

La mujer se levantó, encaminándose hacia la barra del restaurante. Carlos la siguió con la mirada. Después se dirigió a Miguel:

-Te has puesto rojo como un tomate, y no por el vino precisamente.

Miguel no supo qué decir.

-No te apures, no creo que mi tía se haya percatado.

Carlos le miró en silencio durante unos instantes; finalmente, se sinceró:

-Yo no supe que tenía una tía hasta los diez años. Cuando la conocí..., bueno, no pude hacer otra cosa que pensar en ella durante las tres semanas que estuvo alojada en mi casa. Mi hermano Esteban y yo intentamos dar con alguna actriz de cine que nos pareciera más guapa que mi tía. Y no la encontramos. ¡Hicimos una lista y todo, no te vayas a pensar! Nos enamoramos perdidamente de ella; todo lo perdidamente que podrían enamorarse unos niños de diez y doce años.

-Te lo tenías muy callado.

Carlos observa con cierta introspección a Miguel durante unos instantes y le dice en tono paternalista:

-Procura que no se te note tanto. Imagino que me tía estará harta de determinadas actitudes. Ya me entiendes.

Durante el resto de la velada, Miguel apenas se atrevió a levantar la vista de su plato por temor a que sus miradas se cruzaran.

### **Un instante fugaz**

Aquella tarde cayó sobre Nueva York una estrepitosa tormenta de verano que tiñó la casa de un intenso y plumizo gris mortecino. Recuerda que salió de su habitación envuelto por el ensordecedor ruido de la tromba de agua y la vio allí, de espaldas a él, puesta en pie frente a la ventana del rellano de la escalera del primer piso. Hubiera deseado aproximarse a ella y rodearle firmemente con sus brazos. Hubiera deseado acercar los labios a los suyos y besarla, y amarla en ese mismo instante, serenamente, sin tiempo, sin palabras. Pero no se movió; se limitó a observarla desde la oscuridad en la que la tormenta había sumido el pasillo, preguntándose qué sombríos pensamientos se daban cita en la mente de Angya. Retrocedió hacia su habitación con cierto desasosiego.

### **El plano**

Carlos salió de su habitación, bajo las escaleras y entró en el salón, sentándose cerca de Miguel.

-He quedado con Eva para salir esta tarde. No te importa, ¿verdad?

-En absoluto.

-¿Seguro? ¿No te lo tomarás a mal?

Miguel negó con la cabeza.

-¿Qué tienes previsto hacer? -le preguntó Carlos a Miguel en un intento de desviar la conversación.

-No lo sé. Quizá dé una vuelta por Brooklyn.

Carlos dirigió una mirada entorno a la sala.

-Me encanta esta casa. Es enorme. La de mis padres parece una choza comparada a ésta.

-La mía cabe en el paragüero de la entrada.

-No será para tanto. Bueno, Miguel, me voy. Imagino que volveré tarde. Ya te contaré cómo me ha ido.

Carlos abandonó la sala y se encaminó hacia la puerta de la vivienda.

-¡Y nada de hacer manitas con mi tía, que te conozco! -gritó a Miguel con cierta ironía desde la puerta.

La siguiente imagen que le vino a la memoria era la de Angya entrando en la casa mientras él se encontraba señalando sobre un plano turístico de Nueva York los lugares que creía conveniente visitar. A decir verdad, no es que eso le importara mucho en ese preciso momento, pero necesitaba algún sitio hacia el cual desviar su atención cuando los ojos de Angya se cruzaran con los suyos, y el callejero de Nueva York era lo único que tenía a mano. La mujer se asomó al salón como si tuviera que pedir permiso para entrar, miró a Miguel con afabilidad, y dijo:

-¡Hola! ¿Estás solo?

Estaba seguro de que ella acabaría escuchando los latidos de su corazón si no le respondía en seguida.

-Sí, Carlos ha salido con Eva. Supongo que vendrá tarde.

Angya se fijó en el plano que Miguel tenía extendido sobre la mesa, se aproximó hacia el enorme pliego de papel y le echó un vistazo por encima.

-¿Has ido a tantos sitios en tan poco tiempo?

-No, tengo señalados los lugares que me gustaría visitar.

Angya observó el plano con más detalle.

-No tienes señalado Prospect Park, ni el Museo de Brooklyn.

Miguel alzó la vista, interrogante.

-Si me das tiempo para ducharme y comer algo, podemos dar una vuelta por el centro de Brooklyn. ¿Qué te parece la idea?

Miguel, que hasta ese momento apenas se había atrevido a levantar la vista del plano, alzó la mirada hacia Angya, cuyos ojos quedaron inmediatamente prendidos de los suyos. Se quedaron así, sin saber muy bien qué hacer, mirándose durante un instante infinito que el pensamiento de Miguel se apresuró a llenar con palabras de amor que sus labios no se atrevían a pronunciar. Angya bajó la vista hacia el plano con cierta turbación mal disimulada:

-Espero que no te aburra salir con una mujer tan mayor.

Angya buscó nuevamente los ojos de Miguel, que la miró en silencio durante unos instantes hasta que, finalmente, se atrevió a decir en voz baja pero firme y sin dejar de mirarla:

-No podría encontrar mejor compañía.

Cuando Miguel se quedó sólo en la habitación no hizo otra cosa que cuestionarse una y otra vez de dónde pudo sacar el valor suficiente para dirigirse a Angya de manera tan audaz.

## **El Lago**

Primero se dirigieron hacia Promenade y lo recorrieron sin prisas en dirección a Montague Street. Las vistas de Manhattan y del puerto de Nueva York a lo largo del

trayecto eran simplemente de ensueño. Se detuvieron junto a la balaustrada del paseo marítimo. Angya apoyó sus manos sobre la barandilla y observó embebida el espléndido paisaje que ambos tenían ante sí. Recuerda que se fijó en sus manos, eran delicadas, con dedos largos y finos acabados en unas uñas sin pintar, pero muy cuidadas. Tampoco el tiempo había conseguido borrar el recuerdo de aquella brisa suave y cálida jugueteando con los dorados cabellos de Angya entre los árboles del paseo.

Miguel se cuestionaba cómo era posible que cupiese tanta belleza en un ser anónimo, cuyo tiempo se malgastaba fútilmente vendiendo y alquilando *brownstones* y apartamentos remozados para una inmobiliaria de Cobble Hill, de la que, como ella misma le confesó aquella tarde, se hubiera despedido el primer día si eso no hubiese significado tener que abandonar su sueño de convertirse en actriz y regresar a Madrid. Porque si le resultaba difícilmente soportable la adoración exaltada de sus compañeros de escuela y el desprecio que dicha circunstancia parecía ejercer entre las otras aspirantes a actriz -le comentó mientras encaminaban sus pasos hacia Prospect Park-, más difícil le era aún soportar la idea de verse obligada a regresar a España, un país en blanco y negro enterrado bajo la losa de una anacrónica dictadura.

Con todo, lo que más le intrigaba a Miguel era no haberle oído hablar todavía de ningún hombre. Por eso, cuando el anochecer se les echó encima sentados en un banco frente al precioso lago de aquel parque público inmenso enclavado en mitad de Brooklyn, no le quedó otro remedio que enfrentarse, si no le traicionaba su memoria, torpemente, a la tan delicada cuestión:

-¿No sales con nadie?

Angya se volvió hacia él y le miró pensativa durante unos instantes; después bajó la vista hacia las uñas de una de sus manos y negó con un movimiento de cabeza. Si mantiene fresco en el recuerdo este detalle es porque la respuesta negativa de Angya fue como si le hubiera abierto de par en par las puertas de un sueño, en cuyo centro no

podría encontrarse otra cosa que su alma. No imaginaba entonces hasta qué punto este sueño acabaría convirtiéndose en realidad.

### **The cab**

Las luces de los rascacielos de Manhattan resplandecían. Esa era la imagen de la Gran Manzana que trató de hacer ver a su padre cuando regresó. No le habló de la increíble sensación de libertad que le produjo deambular por una ciudad extraña situada tan lejos de casa, ni tampoco llegó a hablarle jamás de Angya.

Miguel hizo descender aún más el cristal de la ventanilla del taxi para sentir el aire en la cara. Fue entonces, al volver su vista hacia Angya, cuando la sorprendió mirándole con sus insondables ojos azules. Angya le dedicó una agradable sonrisa y se asomó de nuevo a la noche de la ciudad, dejándose embriagar por la brisa. Y aunque Angya y él jamás llegaron a abrazarse en el asiento trasero de aquel viejo taxi, en el recuerdo de Miguel siempre sucedía así.

### **La invitación**

Carlos llamó a la puerta del dormitorio de Miguel, entró en la habitación y se sentó en una de las sillas situadas frente a la cama. Miguel, que se encontraba tumbado sobre ella aún con ropa de calle, le observó con expectante curiosidad.

-¿Qué has hecho esta tarde? -preguntó Carlos a Miguel para ganar tiempo.

-He dado una vuelta por Brooklyn.

-¿Dónde has estado? -volvió a preguntar, sin sospechar ni de lejos que su tía pudiera haber acompañado a Miguel en su paseo.

-En Prospect Park. ¿Y a ti qué tal te ha ido con Eva?

Entonces Carlos empezó a hablar y hablar de ella y ya no dejó de hacerlo hasta que desapareció tras la puerta del dormitorio de Miguel. Antes de hacerlo, dijo:

-Nos ha invitado a todos a tomar unas copas en la sala de fiestas de su padre. Ya sabes, uno de esos sitios donde la gente baila *agarrao*. Se lo diré mañana a mi tía, a ver si le apetece venir.

Eran las tres y media de la madrugada cuando Miguel apagó la luz de su mesilla de noche. Miguel no podría bailar con Angya sin que los latidos de su corazón acabaran delatándole, pero tampoco podía quedarse en casa y rechazar la invitación de Eva, más aún si Angya no declinaba la propuesta y si apuntaba al sarao. Decididamente, Carlos le había puesto en un compromiso sin sospecharlo.

### **La casa vacía**

Se levantó, cogió ropa limpia y se dirigió a la ducha. Si le gustaba ese cuarto de baño era porque siempre olía a jabón.

Terminó de asearse y se dispuso a tomar algo en la cocina. Al pasar junto al dormitorio de Angya, cuya puerta se encontraba abierta de par en par por vez primera desde que Carlos y él se instalaron en la casa, se detuvo para echar un vistazo a su interior. Miguel recorrió con la vista todos los rincones de la habitación sin atreverse a entrar. Le hubiera agradado ver alguna fotografía suya de joven, cuando tenía su edad. No era difícil imaginarse a todos los chicos detrás de ella. Algunos, los más agraciados, importunándola con esa estúpida seguridad que confiere el creer poder tratar de igual a igual; otros, los más, siguiendo sus pasos aquí y allá sin atreverse nunca a confesar sus verdaderos sentimientos. ¡Tal vez rechazó al que justamente más feliz podría haberle hecho! Varias veces oyó a su abuela murmurar en voz baja estas palabras durante el

entierro de su madre, un once de enero excepcionalmente soleado y frío, en el que se hizo la fiel promesa de evocarla sólo como la recordaba antes de la enfermedad, cuando aún la misma no se había cebado en ella y su alegría no había sido minada por el conocimiento de lo que le aguardaba. Miguel volvió a su habitación sin desayunar y cerró la puerta tras de sí. Lo que quedaba de su madre yacía en la fría oscuridad de un nicho abandonado a su suerte en algún lugar del Cementerio de la Almudena.

### **Palabras silenciadas**

Angya hizo acto de presencia en el salón enfundada en un ligero vestido negro, algo escotado, que dejaba al descubierto, por encima de las rodillas, unas piernas que a Miguel le parecieron excepcionalmente bonitas. Como calzado, unas sandalias de medio tacón realizadas con unas finísimas tiras de charol, que cubrían apenas unos pies bien proporcionados, cuyas uñas habían sido pintadas con esmero. De nada le sirvió prepararse con antelación para ese momento a lo largo de la tarde; cuando la vio así vestida, con el cabello cayéndole a mechadas a ambos lados del rostro, maquillado, aunque no en exceso, se quedó mudo. Ella no se atrevió a decirle entonces que había comprado el conjunto esa misma tarde y que lo había hecho tras imaginarse paseando de nuevo junto a él en otro atardecer interminable.

Carlos y Eva entraron en la casa. La magia de ese instante irrepetible se desvaneció entre sus voces.

### **La Cubana**

Pensaba que Angya y el padre de Eva se conocían, pero a juzgar por las presentaciones y por cómo éste la miró, era manifiesto que nunca antes se habían visto. Aquel oso era exactamente como lo imaginaba y, por serlo, no guardó ningún recuerdo relevante de él ni de aquel sórdido lugar que regentaba y del que parecía sentirse tan orgulloso. Salvo uno.

Aquel hombre les acomodó personalmente en una de las mejores mesas del concurrido establecimiento. En la pequeña pista de baile, parejas de todas las edades y todas las etnias bailaban agarrados al son de... ¿Los Panchos? Su amigo Carlos sonreía y sonreía, pero los dos sabían muy bien que aquello no acababa de convencerles demasiado. Angya, a la que notó algo inquieta, miraba de un lado a otro, entre temerosa y resignada, a la espera quizá de que el oso se sentara junto a ella y le estropeará la noche. Y Miguel también.

Lo siguiente que recuerda es a Carlos y Eva bailando en la pista y, un poco más allá, mezclándose entre otras parejas, ora a la vista ora no, a Angya bailando con el oso; debería haberla acompañado a la pista cuando ella se lo pidió, pero no lo hizo porque no hubiese podido resistir la fascinación de su proximidad, y hubiera acabado acariciando delicadamente con su rostro el de ella, atrayéndola hacia sí para sentir el roce de sus pezones y percibir su respiración. La hubiera besado en el cuello, en la frente, en las mejillas; la hubiera besado en los labios y lo hubiera hecho sin medir las consecuencias.

Miguel levantó el vaso para beber; fue entonces cuando la vio de nuevo con sus ojos clavados en él. Angya le miraba como no había visto hasta ese momento hacerlo a nadie. Sintió la necesidad de mandarle un beso con los labios, pero el temor al ridículo le impidió moverse y sólo se atrevió a sonreírla con cierta torpeza. Angya le devolvió un gesto lleno de ternura; no sabría describirlo con exactitud, sólo experimentó una oleada de afecto que le envolvió con esa calidez única que sólo puede brotar de lo más hondo del corazón de una mujer. ¡Cómo podría enfrentarse Angya a un amor al que doblaba la

edad! ¡Cómo podría decirle que lo amaba desde el mismo instante en que le vio, allí, de pie como un pasmarote en mitad de la sala!

### **Irish-coffee**

Sobre el cristal delantero del automóvil caía una ligera llovizna que el limpiaparabrisas del vehículo barría a intervalos. Recuerda el suave ruido del aire fluyendo hacia el interior del vehículo por los conductos de ventilación y a Angya conduciendo en silencio. Le hubiera gustado contar con un pequeño tomavistas y filmar su perfil a contraluz, como si se tratara de la secuencia de una película de cine, para que sus compañeros de facultad, no los que tenía, que resultaban en su mayoría vulgares y obscenos, sino los que en ese momento imaginaba tener, le hicieran mil y una preguntas acerca de aquella mujer española de increíble belleza que conoció en Nueva York.

Angya estacionó el automóvil y apagó el motor. El olor del agua de lluvia evaporándose sobre los adoquines de la acera les acompañó hasta que entraron en aquel pequeño pub de barrio con cierto aire irlandés, regentado por David, una especie de John Wayne bonachón, de angelote enorme de mirada transparente y ademanes delicados, que nada más verles entrar se deshizo en atenciones hacia ambos. ¡Pobre David, él también estaba enamorado de Angya sin quererlo! Las mesas del establecimiento eran pequeñas, por eso cuando se sentaron frente a frente, tan cerca el uno del otro, se sintieron tan bien. Ella le dijo que no solía ir mucho por ahí, pero que a veces, sobre todo en invierno, bajaba a tomarse una copa para no sentirse demasiado sola. Ninguno de los dos hacía nada por ocultar sus sentimientos; se miraban abiertamente a los ojos, sin importarles lo más mínimo lo que sucediera a su alrededor, ajenos a todo lo que no fueran ellos. Miguel acariciaba el rostro de Angya con la mirada,

se detenía en sus labios y la buscaba después, vehemente y apasionado, en las profundidades de unas pupilas que parecían querer entregarse a él sin reservas.

De repente se hizo el silencio entre los dos y se quedaron como suspendidos en mitad de un vacío que les arrastraba de manera irremisible el uno hacia el otro.

Angya, que notó de pronto cómo Miguel se rompía por dentro en mil pedazos, volvió la vista hacia la puerta del local, alertada: Eva y su sobrino se aproximaban hacia ellos cogidos de la mano.

-Pero, bueno, ¿no estábais en *Tramps*? -preguntó Angya haciendo todo lo que estaba de su mano por aparentar normalidad.

-No nos han dejado entrar -comentó Carlos en tono despreocupado mientras aproximaba un par de sillas hacia la mesa que ocupaban Miguel y su tía. Eva murmuró algo en voz baja, tras lo cual se perdió de vista camino de los aseos. Carlos se sentó a la mesa y comenzó a mirar aquí y allá con total despreocupación.

Miguel, algo incomodado, bajó la vista hacia su vaso de whisky y empezó a darle vueltas nerviosamente entre sus manos hasta que Angya, en un gesto que Miguel no esperaba que pudiera llevar a cabo delante de su sobrino, le sujetó la mano con firmeza en un intento de calmarle. Lo hizo con tal naturalidad que Carlos se rió de buena gana, pensando que su tía estaba bromeando con Miguel. Pero tras ese gesto se escondía el deseo irreprimible de tocarlo. Y ambos lo sabían.

## **El techo**

No hizo otra cosa que dar vueltas en la cama durante toda la noche, preguntándose cuándo les arrollaría aquel caballo desbocado que entre Angya y él habían puesto en libertad. Intentaba imaginarse gozando de su cuerpo, como lo hizo tantas veces del de Carmen hasta que ésta optó por relegarle a las tardes de domingo,

¡pero no conseguía hacerlo! El cuerpo de Angya, que parecía haber sido esculpido por el hacedor de sus sueños libidinosos más obscenos, se resistía, sin embargo, a hacerse carne ante los ojos de su entendimiento.

Escuchó el eco, distante y apagado, de algún camión de basura trabajando en la lejanía.

Ella era la propietaria de todo cuanto había en aquella habitación: los estores, las mesillas de noche, las sillas, la cama, las sábanas en las que dormía. Y ahora también de su corazón y de su alma, que quedarían para siempre suspendidos entre aquellas paredes blancas que albergaban el segundo dormitorio de la primera planta.

Se quedó mirando fijamente el juego de luces y de sombras que los farolillos situados a ambos lados de la puerta de la casa vecina proyectaban a través de las hojas de los árboles sobre el techo de la habitación; en la suya, a la que tendría que volver dentro de nada, sólo asomaba la luz de la Luna de vez en cuando para acariciar apenas los pies de su cama. El sueño le venció a eso de las seis de la mañana, sintiendo cómo lo poco que de él tenía alguna presencia en este mundo se fundía en la nada.

## **Instantáneas**

Escuchó cómo Carlos y su tía regresaron del supermercado cargados con varias bolsas de comida y las depositaban en la mesa de la cocina. Como no podía permanecer en el cuarto de baño toda la mañana, no le quedó otro remedio que armarse de valor y enfrentarse lo más dignamente posible a lo que se le avecinaba.

Cuando Angya y él se vieron fue como si la cocina se hubiese cargado de pronto con electricidad, cuyas chispas saltaban y chisporroteaban en todas direcciones. Carlos no parecía darse cuenta de nada; se le notaba, eso sí, algo inquieto. Eva, a la que habían

invitado a comer, se presentó vestida con una blusa y un pantalón muy ceñido que hacía resaltar su espléndida figura.

Se acomodaron entorno a la mesa de la cocina, una amplia estancia que bien podría dar cabida fácilmente a seis o siete persona sin estrecheces y que contaba con una puerta que daba a una especie de patio interior, muy amplio y luminoso, lleno de plantas que, a tenor de su aspecto, Angya debía cuidar con esmero. Miguel sabía que un solo cruce de miradas podría delatarles y procuró disimular lo mejor que pudo. Eva se comportó con total naturalidad, no dando en ningún momento la impresión de sentirse atraída por Miguel.

-¿Qué has hecho con esas fotografías tuyas tan lindas que tenías por aquí? - preguntó Eva a Angya durante la sobremesa.

-Las he guardado.

-¿Por qué? -preguntó Eva con tal énfasis que más que una pregunta parecía una exclamación.

-He cambiado mucho. Ya no soy la misma.

-¡Bueno, ya no tienes veinte años, eso es todo! Pero sigues estando igual de bonita. ¿Por qué las has guardado? No lo entiendo. Seguro que a Miguel le gustaría saber cómo eras de joven, ¿verdad, Miguel?

Miguel no dijo nada; sólo afirmó con un leve movimiento de cabeza mientras se preguntaba qué podría haber visto Eva en él para que le planteara tan abiertamente semejante cuestión. Angya, que pareció dudar unos instantes, se levantó finalmente de la mesa y salió de la habitación.

-¿Tú conoces esas fotos de tu tía, Carlos?

Carlos negó con cierta gravedad.

Angya regresó al poco con un sobre lleno de fotografías y se lo entregó a Miguel mientras tomaba asiento de nuevo a su lado. Miguel extrajo las fotografías del sobre en las que se encontraban y comenzó a ojearlas una por una, muy despacio. Eran

fotografías de estudio que no tenían nada que envidiar a las de las actrices de Hollywood más cotizadas. Miguel observaba las fotografías de igual forma que los rascacielos de Manhattan, temiendo que fueran a desaparecer en cualquier momento de entre sus manos. Al dar la vuelta a una instantánea alcanzó a leer: “Angeles Lladó”, y después una fecha en inglés: “March, 18, 1933”. Hizo la cuenta mentalmente: tenía cuarenta y tres años y nadie se aventuraría a echarle más de treinta y cinco, treinta y ocho años a lo sumo. Eva iba pasando las fotografías a Carlos, que contemplaba los rasgos de aquella joven muñequita de increíble belleza, cuyas poses llenas de seducción invitaban a recrear cuantos espejismos de amor la mente fuera capaz de imaginar.

Las miradas de Angya y Miguel se cruzaron y el milagro, en toda su mágica sencillez, se volvió a producir. Fue como si de pronto la habitación que ocupaban se llenara a rebosar, y en un solo instante, del amor que se derramaba a espaldas a través de sus ojos.

Notó cómo Carlos les miraba desconcertado mientras Eva sonreía para sí con cierta complicidad mal disimulada.

## **Preámbulo**

La tarde transcurrió mansa; Eva había dejado las llaves de su automóvil en otro bolso y se acercó a su apartamento a eso de las cinco para ir en su busca.

Miguel sorprendió a Carlos contemplando de nuevo las fotografías de su tía con fijación casi enfermiza. Angya estaba frente a él, recostada cómodamente en uno de los dos tresillos con los que contaba la estancia, cuando Carlos y Eva se asomaron al salón para despedirse; no hubo miradas de censura; no hubo gestos, ni bromas con segundas intenciones. Se marcharon en silencio, sin apenas hacer ruido. Entonces, nada más cerrarse la puerta tras ellos, Angya y él se miraron y se les iluminó el rostro con una

sonrisa tan sincera que no hubieran podido reprimir ni aunque la vida les hubiera ido en el empeño. Angya se cambió de tresillo y se sentó junto a él. Tras observarlo embelesada durante unos instantes, preguntó con cierta picardía:

-¿Conoces Long Island?

Sabía que ella quería hacer de esa tarde y de esa noche algo inolvidable para los dos. Y dejó que dispusiera.

## **Azul**

Llegaron al atardecer, con el sol ya muy bajo; se descalzaron y pasearon por la orilla de aquella playa interminable de arena blanca y fina hasta que la noche les robó el azul del mar. Apenas guardaba algún recuerdo de la conversación que mantuvieron; el tiempo se había llevado consigo sus palabras, incluso su voz, pero no había conseguido aún borrar los destellos de los últimos rayos de sol reflejados en las pupilas de Angya cuando ésta le miró a contraluz.

Sucedió algo más tarde, en un rincón en penumbra y apenas transitado del paseo, con la brisa y el rumor del mar como testigos. Sus miradas se volvieron a hacer una y se quedaron así, como en el bar de David, suspendidos en un instante infinito que les invitó a aproximarse y a fundirse lentamente en un abrazo de amantes, y a besarse y acariciarse los brazos, el rostro y el cabello, sintiendo cómo sus ojos lloraban y las lágrimas mojaban poco a poco sus mejillas. Estuvieron abrazados el uno al otro mucho tiempo, primero de pie y luego sentados en uno de los bancos del paseo, escuchando las gaviotas y el ruido de las olas rompiendo, una a una, sobre la playa desierta y el armazón de madera del pequeño embarcadero, y el tacto de sus labios y el olor de su perfume y el de su piel, y sus ojos claros buscándole desde algún punto fuera del tiempo y del espacio en el que Angya se hacía uno con él.

Y en aquel rincón oscuro sintió por vez primera la aterradora angustia de su ausencia. Sucumbió para siempre la materia de la que estaba hecha la emoción de amor de ese recuerdo y se hundió en el Universo.

## **Incertidumbre**

Durante el camino de vuelta no hizo otra cosa que preguntarse lo que sería de ellos a partir de ese momento. Ninguno de los dos parecía atreverse a afrontar abiertamente el hecho de que ya no podrían separarse. Y callaban. Era un silencio de color verde esmeralda y sabor a incertidumbre y a miedo a la vida y al vacío. Un silencio que les interrogaba desde el lugar más frío de sus almas.

-¿En qué piensas? -preguntó Angya rompiendo el silencio.

Miguel la miró ensombrecido. ¿Debía serle sincero y decirle que estaba despidiéndose de ella muy bajito para que no le oyera, a sabiendas de que lo tenía todo en contra y de que llegaría el momento de no poseer otra cosa de ella nada más que su recuerdo? ¿Debía contestarle que estaba llorando por dentro de impotencia y de rabia por no tener posibilidad alguna de modificar lo más mínimo su futuro inmediato y de obrar en consecuencia a sus ideas, a sus pensamientos y a sus deseos, como si aún no hubiera crecido y continuara siendo un niño? ¿Podría Angya sospechar ni de lejos la extrema pobreza en la que transcurría su vida y que le atenazaba hasta tal punto de incapacitarle para hacer frente a una situación como esta?

Angya apartó por unos instantes la vista del volante y escudriñó a Miguel con la mirada; después, como si hubiera sido capaz de leerle el pensamiento, dijo:

-Ahora estás en New York, Miguel, no en Madrid. Nuestros caminos se han cruzado, estamos juntos y eso es lo único que importa.

Miguel la miró fijamente y luego bajó el rostro.

A Angya se le encendieron los ojos de pronto y dijo tratando de mostrarse extrovertida y jovial:

-Te voy a llevar a un sitio que conocí nada más llegar a New York. Creo que existe todavía. ¿Qué te parece?

-Bien.

Miguel no fue capaz de decir nada más; dirigió su vista hacia los bloques de edificios que se amontonaban a ambos lados de la autopista y se acordó de nuevo de su pequeña habitación en la Colonia de San Fermín. Le invadió la náusea.

## **La brújula**

Una gran decepción se esbozó en el rostro de Angya nada más atravesar la puerta del local; desencantada y algo confusa, hizo un ademán a Miguel para que retrocediera sobre sus pasos y saliera de nuevo a la calle. Era evidente que aquel establecimiento abarrotado de mujeres que se hablaban al oído no tenía nada que ver con aquel otro al que pretendía llevarle y que existía ya sólo en algún recoleto rincón de su memoria.

Acabaron en un local que a él le recordó, aun sin parecerse, a ese pequeño y entrañable garito de su barrio al que acudía muchas noches de viernes y de sábado a consumir entre alcohol la madrugada, y al que no dejó de ir nunca del todo. Hablaron del sonido del mar y de su olor, de Harlem y de otros lugares que jamás llegaría a conocer de Nueva York, hasta que el espíritu del amor se cernió de nuevo sobre ellos y se apoderó de todos sus pensamientos, de todos sus gestos, de todas y cada una de sus palabras y de sus miradas, de todos sus silencios y de toda la vida en un instante, de la vivida y de la que aún les quedara por vivir, de los latidos de sus corazones y el de sus sexos,

humedecidos y anhelantes, que se buscaban desde los albores del tiempo, cuando ni el amor si quiera soñaba con nacer y encarnar en cuerpo de hombre o de mujer.

Entraron en la casa sin hacer ruido y cerraron la puerta de aquel dormitorio limpio y ordenado tras de sí; no había nada a la vista, sólo la lámpara, un despertador y una brújula antigua de madera decorada con motivos marinos. Le llamó la atención este detalle y observó con detenimiento la dirección que marcaba. Pensó que de este modo sabría hacia dónde mirar cuando se encontrara recostado en su cama hablando con Angya por teléfono. Tendría que trabajar en el taller para pagar las conferencias y poder ir y venir. Bien mirado, tampoco era tanto: ocho horas de ida y siete de vuelta. Ese era exactamente el tiempo que les separaba.

Un inesperado relámpago inundó de luz cenicienta la habitación de Angya, que se tiñó por unos instantes de un blanco opalino y espectral. Afortunadamente, esa tarde había lucido el sol en Long Island.

## **Navidad**

El trueno hizo temblar el viejo edificio hasta los cimientos; Miguel se sobresaltó al escucharlo y retiró de la ventana su rostro, cuyo reflejo se fundía con el de las bombillas multicolores que adornaban burdamente la tristeza que bañaba la avenida principal de la Colonia. La tormenta arreció y él, a oscuras en la oficina del taller, observando cómo llovía a cántaros, se sintió terriblemente solo. ¡Cuánto hubiese agradecido entonces contar con la comprensión de Carlos o con la de Juan “el negro”! O con la de su padre.

Miguel salió del taller y echó el cierre metálico, que rasgó la noche con ese ruido ensordecedor al que no llegó nunca a acostumbrarse del todo. La lluvia había limpiado el aire y aunque hacía frío resultaba agradable caminar por la avenida bajo la luz de las

farolas y las lámparas de colores, que a él se le antojaban tristes luminarias despojadas a una feria centenaria, como aquéllas del parque de atracciones de Coney Island.

Pasó junto a la puerta de la antigua *boite*, de cuyo interior, al que se accedía por una angosta y empinada escalera, escapaba hacia la calle ese olor que tanto le desagradaba, mezcla de perfume barato y desinfectante. El chaval de la puerta, que ya tendría bien cumplidos los cuarenta, le felicitó las Fiestas y le invitó a una copa al pasar. ¡En aquellos bajos de espejos oscuros y terciopelos rojos había conocido tanta soledad y tanta pena, tanta desgracia encubierta!

Miguel dobló la esquina del callejón y entró en Corner's, el garito de siempre, que había cambiado tres veces ya de dueño y dos de nombre, pero entre cuyas paredes a él le daba la sensación de ser joven todavía.

Rafa le sonrió nada más verle y le sirvió un whisky con hielo en vaso largo según se acomodaba junto a la barra. Creyó oírle hablar algo acerca de su hermana, que era una mujer honesta y buena, que todos decían que se parecía mucho a *Susan Sarandon* y que se pasaría por el local algo más tarde.

A Miguel le divertía que medio barrio pretendiera convertirle en su cuñado y a veces se dejaba llevar por mero juego, haciéndose el interesado. Rafa introdujo una película en el vídeo con el que contaba el pub ante la ociosa mirada de Miguel.

-Mi hermana va a traerme algunos pósters para colocar en el pub. Estuvo en Nueva York a primeros de mes y le pedí que me trajera algo para decorar las paredes.

Miguel centró su atención en Rafa. Tras unos instantes, se atrevió a decir:

-Yo estuve allí cuando era joven -Miguel trató de sonreír según realizó el comentario, pero los músculos de su rostro no le obedecieron.

-¿En Nueva York?

Miguel asintió con un movimiento de cabeza, pero no dijo nada más.

Rafa, que le observaba con cierta curiosidad mal disimulada, fue prudente y no se atrevió a preguntarle. Miguel bajó la vista hacia la barra y contempló los destellos que las

lámparas del local arrancaban al whisky contenido en su vaso; se acordó de pronto de aquella brújula decorada con anclas, faros, barquitos y delfines y se vio de nuevo trasladado al dormitorio de Angya, cuyos bellísimos ojos, casi traslúcidos, le miraban arrobados a través de las primeras luces de aquel amanecer sombrío. Se preguntaba entonces, mientras yacían en el lecho uno junto al otro, cuál era el misterio que encerraban sus pupilas y por qué brillaban como si a través de ellas se pudiera llegar a vislumbrar un retazo de Infinito. Recuerda que Angya acabó durmiéndose en sus brazos mientras él imaginaba a Carlos entrando en la casa y llamando a la puerta de su habitación vacía. ¿Intuía Carlos? ¿Lo sabía? ¿Fue esa la razón por la que no hizo acto de presencia en todo el día, o simplemente Eva consiguió hacerle olvidar hasta su nombre, como le había sucedido a él con Angya?

Miró hacia el despertador y éste empezó a sonar. Angya no tenía buena cara. Miguel la dejó descansando en la cama y se dirigió al baño. Se había acostumbrado a hablarle a su madre en voz baja mientras se duchaba; una vez escuchó su voz, que le decía que olvidara el resentimiento hacia su padre, que la quiso a su manera y que lloraba muchas veces cuando se quedaba solo en casa. Esa mañana de domingo, por más que preguntó a su madre sobre Angya bajo el chorro de la ducha, no logró escuchar nada.

### **La mirada de Carlos**

Angya y él se quedaron en la casa. Fuera no había *nada*.

Comieron de manera informal, obsequiándose carantoñas y mimos, caricias y besos; besos amistosos, besos robados, ávidos, lujuriosos. Se acomodaron uno frente al otro en uno de los dos tresillos de la sala. Ella le preguntó si se lo había pasado bien el

día anterior y después, esbozando esa sonrisa tan franca y arrebatadora de la que en ocasiones hacía gala, se sinceró, diciéndole:

-Me enamoré de ti desde el mismo instante en que te vi, ahí -señaló un punto de la habitación con la vista-, de pie como un pasmarote en mitad de la sala.

-¿De verdad? -preguntó Miguel, incrédulo.

Angya asintió.

-A mí me sucedió lo mismo. Sentí como si ya nos conociéramos -dijo Miguel.

-Quizá nos conocimos en una vida anterior -bromeó Angya.

-¿Crees en esas cosas? -preguntó Miguel, curioso.

-No -reafirmó su respuesta negando con un movimiento de cabeza. Después, y tras un silencio, dijo, circunspecta:

-Mañana tengo que ir a Houston.

Sus labios seguían sonriendo, pero sus ojos se volvieron opacos. Se apagaron.

-Pero volveré el jueves por la noche. Tendremos dos semanas para nosotros. Estoy pensando en alquilar una casa en *Finger Lakes*. Es un poco caro, pero creo que merecerá la pena. ¿Qué te parece la idea?

Miguel recuerda que aproximó su rostro hacia el de Angya y comenzó a acariciarle con delicadeza el cabello.

-Eres bellísima -pronunció estas dos palabras sin dejar de mirarle fijamente a los ojos. Angya asió la mano con la que él le acariciaba para besarla. Escucharon en ese instante el ruido de la puerta de la casa al abrirse y la voz de Carlos que, imaginando quién sabe qué, parecía querer avisarles de su llegada de algún modo:

-¡Soy yo! ¡Vengo a cambiarme de ropa!

Miguel se sintió como aquella tarde en San Fermín, cuando Carmen y él no esperaban que su padre acabara tan pronto la partida de cartas de la tarde de domingo. Pero, como Angya, no se movió, no supo cómo hacerlo; se limitaron simplemente a dejar las manos quietas. Carlos entró en la sala y se les quedó mirando; luego hizo aquel

extraño gesto con la boca, como mordiéndose los labios, bajó la vista y se encaminó hacia su habitación sin decir nada.

### **La cama vacía**

Esa noche se acostaron pronto y, pese a la falta de costumbre ante la proximidad de sus cuerpos, que no de sus corazones, en seguida se durmieron. Hasta ese momento el azar, si es que tal cosa existe, había hecho posible que compartieran dormitorio esas dos noches sin que Carlos les obligara a plantearse otras alternativas -¿quizá más responsables?-. ¿Se arriesgaría Angya a que su sobrino le viera junto a él en la cama, o dormirían separados si Carlos decidía regresar a su habitación y no pasar la noche junto a Eva? A Angya no parecía importarle mucho eso, a decir verdad, no parecía importarle nada. ¿Cómo era Angya? ¿Qué se escondía tras ese ser de mirada angelical, como su nombre, que se diría no haber tenido existencia propia antes de coincidir con él ese verano tardío de septiembre? ¿A qué lugar sin nombre había relegado sus amantes, su experiencia de vida y su pasado? Angya no podría seguir ocultándose durante mucho tiempo y esto le asustaba, porque temía que lo que estaba por descubrir pudiera acabar separándoles.

A él le hubiera gustado acompañarle a Houston, invitarle a comer en algún restaurante y pasearse con ella conduciendo un gran descapotable americano para que todos pudieran admirar la belleza de su ángel de cabellos dorados y cutis fino como la cera, pero no hubiera podido pagar ni el desayuno en el aeropuerto. Por otra parte, si no era capaz de prescindir de Angya durante tres o cuatro días, ¿cómo podría asumir después dejar de verla durante meses?

Angya se levantó sin apenas hacer ruido y cuando quiso darse cuenta le estaba dando un beso de despedida. Se abrazaron. El la miró y le dijo:

-Estás muy guapa, Angya.

-Gracias, Miguel. Quédate en la cama.

-¿Y si vuelve Carlos? -Miguel le cuestionó, muy serio.

Angya le miró fijamente; después, tras recapacitar unos instantes, le reiteró:

-Quédate en la cama.

Se acercó de nuevo a él y le volvió a besar:

-Te llamaré por la noche, hoy o mañana.

Angya desapareció tras la puerta del dormitorio, que dejó cerrada, y salió de la casa. Miguel escuchó cómo Angya ponía en marcha su automóvil y se alejaba en éste callejuela abajo.

Soñó que Angya y él caminaban de nuevo cogidos de la mano por un embarcadero parecido al de Long Island y que su madre les hacía señas con el brazo desde el final de la escollera. Soñó que se aproximaron hacia ella y que su madre se convertía de pronto en una sombra negra que agarraba a Angya brutalmente por un brazo, llevándosela consigo flotando sobre las aguas de un océano marrón y verde, cuyo horizonte se perdía entre tinieblas nacaradas. Se despertó a eso de las once, aullando como si se tratase de un lobo, empapado en sudor frío, como tantas veces le había pasado desde que murió su madre. En Madrid no habría aún amanecido. Su padre estaría tumbado, como él, en una cama vacía. Una vez, tal vez la única que le oyó mencionar algo relacionado con la muerte de su madre, le dijo que pedía a Dios todas las noches para que cuando le llegara a él su momento le sucediera de golpe y ninguno de los dos tuviera que volver a pasar de nuevo otro calvario. María, su madre, tenía cincuenta y nueve años cuando murió, pero sólo era una cabeza con peluca pegada a un cuerpo que no le respondía, atada a un lastre muerto que debía ser alimentado, aseado, limpiado de heces y de orina y volteado varias veces al día para que la sangre fluyera y no le salieran llagas. Miguel sufría tanto que a veces no le quedaba más remedio que encerrarse a toda prisa en su cuarto y hundir con fuerza el rostro en la almohada de la

cama para poder verter a raudales todas esas lágrimas que le quemaban los ojos, sin que su madre alcanzara a oír su pena. Y así, día tras día, semana tras semana, hasta que llegó el desenlace. A veces se observaba desnudo frente al espejo, buscándose ronchones, manchas, bultos o cualquier otra señal de alarma que le pusiera sobre aviso de que la genética comenzaba a hacer acto de presencia en las células de alguna parte de su cuerpo. No tenía por qué correr necesariamente la misma suerte que su madre, pero la mera probabilidad basada en la estadística le resultaba inquietante. Él había visto la muerte de cerca y su sola mención le causaba pavor. Por eso admiraba a los médicos, que eran capaces de abrir los cuerpos y cerrarlos sin demasiadas concesiones al lugar en el que en los mismos se pudiera encontrar la esencia divina. No, la muerte de su madre no tuvo nada de sublime, fue una muerte horrible. Debería haber leyes que impidieran morir de forma tan espantosa a un ser humano, leyes que le permitieran morir dignamente cuando ya no hay cabida ni tan siquiera para la esperanza. La morfina no evita el sufrimiento de la esencia divina, allá donde ésta se encuentre, y aquel buen doctor lo sabía y lo repetía siempre, pero *no podía* hacer nada.

Se volvió hacia el armario empotrado de la habitación y luego hacia la cómoda; cualquier otro hubiese revisado los cajones de esos muebles uno a uno para averiguar de qué color eran los recuerdos de Angya y si usaba o no pañuelos de seda para enjugarse los malos y buenos momentos de su vida. Pero él no lo hizo porque siempre consideró la intimidad como un bien privado y que, como tal, podía ser cedida, donada, regalada, conferida o traspasada, pero jamás saqueada ni robada.

Miguel se levantó, entró en el baño y habló de nuevo a su madre. Bajo el chorro de la ducha, como hacía siempre.

## **¿Celos?**

Eva trabajaba y no podía compartir su tiempo con Carlos, por esa razón éste se presentó en la casa un poco antes de la hora de comer. Si su memoria no le traicionaba, él estaba intentando localizar Finger Lakes en su mapa de carreteras del estado de Nueva York. Carlos le preguntó por su tía y Miguel le respondió que se había ido a Houston y que no regresaría hasta el jueves. Carlos se sentó en uno de los tresillos de la sala y estuvo durante largo tiempo en silencio. Finalmente, espetó a Miguel de repente:

-¿Os habéis acostados juntos? -la pregunta resonó en la sala como un cañonazo.

- No hace falta que respondas -continuó Carlos-. Os he oído esta noche.

-Creí que no habías dormido aquí. -comentó Miguel.

-No lo he hecho. Vine a coger dinero.

Carlos observó circunspecto a Miguel durante unos instantes esperando quizá a que éste hiciera algún comentario, pero no lo hizo.

-¿Y qué piensas hacer? -prosiguió Carlos- ¿Dejar la carrera? ¿Quedarte aquí y buscar trabajo, o cambiar pastillas de frenos en el taller de tu padre para poder venir aquí dos o tres veces al año? Mi tía no va a moverse de aquí, de Nueva York; lo sé, estoy seguro.

Las palabras de Carlos, tan demoledoras como una bofetada a destiempo, resonaron en el interior de su cabeza con más fuerza y más firmeza que la propia voz de su conciencia. Pero, ¿acaso estaba de su mano cambiar algo? ¿Podría dejar de amar a Angya y querer a Marta o a Susana por vivir sólo a dos manzanas de su casa? ¿O hubiera sido mejor mirar para otro lado, como hacen los cobardes, como hicieron todos cuando enfermó su madre, con la única excepción de su tío Julio? ¿Dónde estaba el primo Luis entonces? ¿Dónde estaba el primo Antonio? ¿Y el tío Pedro? ¿Y la tía Blanca? ¿Dónde estaba aquel cura, que amenazó a su padre con acabar en el infierno porque le oyó comentar que hubiese sido mejor ponerla una inyección para dormirla y evitarla todo aquel sufrimiento inútil, cuando su madre se retorció de dolores en la cama mientras sus pulmones encharcados la asfixiaban? ¿Acaso existía un infierno peor que el

que su madre, María, estaba padeciendo? Durante esos meses aprendió que no sobre todos los hombres había consentido Dios manifestar su capacidad y su entendimiento, que había muchos que eran como esos niños revoltosos que sólo se quedan satisfechos importunando una y otra vez a sus compañeros de colegio, obligándoles con tediosa insistencia a hacer lo que ellos quieren, niños tontos, como los llamaba su abuela. ¡Cuánta idea preconcebida y cuánta ignorancia, cuánta falta de respeto hacia la dignidad humana, cuánto niño necio y tonto!

Esa noche Carlos bajó al apartamento de Eva, pero no durmió allí, regresó a eso de la una y se recluyó en su habitación. Eva era leve, insustancial, vacía y caprichosa, y su relación con Angya no pasaba de ser un intento de aproximación hacia alguien que, por su belleza física o de carácter, causaba en ella una profunda admiración. ¿Se sintió Carlos rechazado por Myriam cuando ésta le dijo que no le acompañaría a Nueva York debido a su pánico a volar y fue Eva el sujeto que dio forma y cuerpo a su resentimiento? Carlos se estaba equivocando, pero sabía que cualquier intento de razonamiento con él chocaría frontalmente contra el sentimiento de incompreensión que parecía haberle causado el hecho de que su tía y él se quisieran. ¿Qué culpa tenían Angya y Miguel de amarse?

### **Corner's**

Rafa salió de la barra para saludar con júbilo a la persona que acababa de acceder en ese mismo momento al local. Miguel, que alzó la vista hacia la enorme pantalla de televisión procurando hacerse el desentendido, escuchó cómo Rafa felicitaba la Nochebuena a su hermana y se aproximaba después junto a ella hacia el lugar que él ocupaba en la barra.

-Miguel, te presento a mi hermana Berta.

Miguel, que imaginaba lo que se le echaba encima, se volvió hacia ellos. Berta era una mujer de una belleza singular extraordinaria, de gestos espontáneos y formas honestas y francas de expresarse y de mirar, sobre todo de mirar. La mirada de Berta, ya no olvidaría su nombre, era limpia y clara, despierta, chispeante, curiosa, como a él le gustaban las miradas, una mirada cálida y vigorosa, arrebatadora. La belleza de Berta, cuya sola presencia llenaba el local, emanaba de su espíritu, noble y generoso. De repente, creyó volver a experimentar esa desconcertante sensación de afinidad que sólo recordaba haber sentido aquel atardecer de septiembre, cuando Angya y él se vieron por vez primera. Berta ladeó la cabeza y le interrogó graciosamente con la mirada:

-No querrás que te firme un autógrafo, ¿verdad?

Miguel se rió e intentó hacer algún comentario ocurrente, pero no le salieron las palabras, no supo qué decir; hacía demasiado tiempo que no había tenido tan cerca una mujer como Berta. Hacía demasiado tiempo que no había tenido cerca una mujer. Lo cierto es que cuando bajaba a la *boite* lo hacía por no acostarse con la sensación de que su mirada no se había cruzado ese día con la de otro ser humano y por dejar en manos del destino la posibilidad de volver a vivir un amor de ensueño en un atardecer frente al mar. Pero la realidad se imponía, y raro era el día que no salía de allí casi ebrio, con el estruendo de la música retumbándole en la cabeza y el alcohol pitándole en los oídos con un agudo silbido. Y los años fueron tornando sus sienes plateadas y ahogando paulatinamente, entre whiskys y desengaños, la esperanza de encontrar a una mujer con quien compartir un instante de sinceridad, pues si bien los cuerpos con los que se cruzaba parecían estar dispuestos para el encuentro, por dentro no eran sino oquedades de amor. ¿Sería eso mismo lo que los demás veían en él? ¿Un ser vacío, oscuro, atormentado? La voz de Berta se materializó de pronto no muy lejos de su oído:

-¿Cuánto tiempo hace que estuviste en Nueva York?

-Veintiocho años.

-¡Veintiocho años! ¡Díos mío, serías un muchacho entonces!

Berta le observa con una mezcla de extrañeza y curiosidad.

-¿Llegaste a ver las Torres Gemelas?

-Sí, creo que las habían edificado dos o tres años antes; estuve haciendo cola para subir al mirador por lo menos dos horas, quizá más.

-¡Qué tragedia lo del atentado, verdad!

-Horrible. Una masacre.

Berta cambió rápidamente el rumbo de la conversación, consciente de que ese tema no era precisamente el más apropiado para una noche como aquella:

-¿Y qué es lo que más te gustó de Nueva York? ¡A ver, cuéntame!

Miguel sonrió ante la afabilidad y el carácter abierto y espontáneo de Berta.

-Brooklyn.

-¿Brooklyn? -repitió Berta, extrañada.

-Brooklyn Heights -matizó Miguel.

-¿Conociste Long Island?

-Estuve en varios sitios: Old Westbury, Port Washington, Sag Harbor, Long Beach...

Berta se entusiasma:

-Tengo un montón de fotografías y de postales de Long Island en el coche; algunas son antiguas, de primeros de siglo. Las compré en una especie de anticuario. No sé ni cómo logré entenderme con aquel sujeto. ¿Te imaginas? ¡Al final no me quedó otro remedio que ir señalándole con el dedo lo que quería comprar! ¡Qué hombre más pintoresco! Tenía la cara colorada como un tomate y una gran barba blanca muy cuidada. Parecía un lobo de mar.

-¿Qué tal si os sentáis en una mesa y os sirvo las copas allí? -interrumpió Rafa con la sutileza propia de un camarero experimentado.

No sabía decir cómo, pero Miguel se encontró de pronto sentado en una de las pequeñas y acogedoras mesitas del local, esperando a que Berta regresara de su

automóvil con todo el cargamento de estampas y pósters que había adquirido en esa vieja tienda de Long Island. Se preguntaba qué motivo habrían conducido a esa mujer a desplazarse a Nueva York en unas fechas tan poco usuales para realizar un viaje turístico.

Berta entró de nuevo en el local, entregó a su hermano cinco o seis tubos de cartón en los que venían protegidos los pósters y se sentó después frente a Miguel. Sin dilación, sacó de la bolsa que llevaba consigo varios paquetes y los depositó sobre la mesa. Miguel se los quedó mirando con cierta expectación. Berta asió uno de los paquetes y se lo entregó a Miguel; éste lo abrió y extrajo un mazo de fotografías que se encontraba en su interior. La primera instantánea le impactó sobremanera: ahí estaba, a contraluz, magníficamente retratado, con la playa al fondo y el sol de atardecer, medio cubierto por unas nubes tormentosas y amenazadoras, dominando la imagen y creando un bellissimo contraste de luces y de sombras, aquel rincón del paseo, la barandilla, *su banco*, las farolas -¿eran las mismas?- y el pequeño embarcadero, que en la imagen no parecía ahora tal, sino una prolongación hacia la playa del paseo; todo tal y como lo recordaba, pero cubierto por una gruesa capa de nieve de forma ondulada e irregular, que confería a la imagen un aspecto dramático; el suelo de madera, la barandilla, la arena de la playa: todo era de un blanco azulado y frío. Miguel fijó su atención en el banco y, por un instante, creyó escuchar las olas del mar rompiendo sobre la arena y el agudo reclamo de las gaviotas sobrevolando la playa, ingravidas y majestuosas, y después la voz de Angya, cuyo tono y timbre, que el paso de los años había borrado, podía percibir ahora, nítido y próximo, casi al oído, dando forma y sentido a aquellas palabras que estremecieron su alma: “Cuando me recuerdes, imagínate aquí, sentada contigo en el embarcadero mirando al mar. Siempre contigo”. Miguel contempló la instantánea durante largo rato, el suficiente como para que Berta intuyera que aquella imagen había causado en Miguel una profunda impresión.

-Ha cambiado poco desde entonces -comentó Miguel con un hilo de voz.

Berta, que le observaba con su mirada honesta y franca, esperó paciente a que Miguel continuara.

-Todo está según lo recuerdo -comentó Miguel con seriedad mientras echaba una rápida ojeada a las otras fotografías que componían el mazo.

-En veintiocho años algo habrá cambiado necesariamente -dijo Berta posando su vista sobre el mazo de las fotografías.

Miguel, al que se le notaba bastante afectado, comentó:

-No conservo ningún recuerdo de cuando estuve allí; ni una postal, ni una fotografía, ni siquiera un billete de autobús. Nada. Como si no hubiese estado allí jamás.

Berta quedó extrañada ante el comentario de Miguel, pero no se atrevió a preguntar nada.

-Fui a Nueva York con un compañero de la Facultad -prosiguió Miguel-. Era él quien llevaba la cámara de fotos. Tras mi regreso no volvimos a vernos nunca más.

Berta le pregunta, intrigada:

-¿Os enfadasteis?

-Su tía y yo nos enamoramos -Miguel bajó la vista y continuó tras una pausa-. Carlos no comprendió aquella relación. Ni la comprendió ni la aceptó.

-¿Su tía era joven? -preguntó Berta con cierta curiosidad.

-Me doblaba la edad. Tenía cuarenta y tres años, pero no los aparentaba en absoluto.

Berta y Miguel alzaron la vista hacia la enorme pantalla de televisión con la que contaba el pub, atraídos por las imágenes finales de *Los puentes de Madison County*, la película que en ese momento se estaba proyectando en la enorme pantalla del pub.

Aquella noche, después de intentarlo inútilmente durante años, Miguel había logrado escuchar de nuevo la voz de Angya. Y era a Berta a quien se lo debía.

## **Inquietud**

Angya no le había llamado la noche del lunes, por eso estaba seguro de que el teléfono sonaría de un momento a otro. Y así fue. El tono de Angya era normal, desenfadado, divertido incluso, pero cuando colgó el auricular tuvo el extraño presentimiento de que algo marchaba mal. Y de pronto empezó a temer el regreso de Angya, por si en vez de abrazarle a su llegada, le sentaba en uno de los tresillos del salón para exponerle las razones por las cuales deberían poner fin a su irreflexiva y precipitada relación.

No hizo otra cosa a lo largo del día siguiente que bosquejar todas las posibles objeciones que Angya pudiera traer consigo de Houston, no para rebatírselas, lo que probablemente no hubiera conseguido, sino para evitar que la turbación y el nerviosismo le impidieran encontrar las palabras adecuadas con las que poder al menos contestarla de una manera coherente y razonada. Alumbró en su imaginación la escena tantas veces y bajo argumentos tan dispares, que acabó extenuado bajo la redundancia de toda esa palabrería farfullada frente a las sillas desocupadas de aquella casa vacía. Y de pronto, hilvanando ideas, se descubrió a sí mismo lucubrando la manera de decirle a su padre que necesitaba trabajar en el taller de vez en cuando para ganar algún dinero. Y la esperanza se vino abajo. No sólo no sería capaz de comprenderle, en el caso extremo de que se viera obligado a hablarle acerca de Angya, sino que tampoco realizaría el menor esfuerzo por hacerlo. Sus padres, bien lo sabía, no se casaron por un impulso del corazón, sino por una ecuación matemática planteada en el rincón más racional de sus cerebros, aunque mal resuelta: lo hicieron porque el tiempo les plantaba cara y les anunciaba a cada uno por separado que se estaba haciendo tarde. No, no iba a permitir que su padre, capaz de reírse hasta del nombre de Angya, le cuestionara algo que ni si quiera podría alcanzar a entender por ser totalmente ajeno a su experiencia de vida: el sentimiento desinteresado de amor.

Tenía sólo dos opciones, abandonar la Universidad y ponerse a trabajar en el taller, sin prerrogativas ni condiciones, y por supuesto sin comentar a su padre lo más mínimo acerca de Angya, o buscarse trabajo por su cuenta. Pero esto último ya lo había intentado, sin suerte. ¿A quién podría pedir trabajo si desde la enfermedad de su madre no se trataba con ningún familiar, salvo con su abuela? Y si su familia no le ayudaba, ¿quién lo haría entonces? Fuera como fuese, y en el mejor de los casos, parecía estar condenado a ver a Angya solamente una o dos veces al año. Quizá Eva pudiera recomendarle para trabajar de camarero, o de cualquier otra cosa, en el garito de su padre, eso no podría ser peor que estar metido todo el día en el taller bajo la luz de un fluorescente, y además le permitiría quedarse en Nueva York. Miguel se dirigió a la cocina y abrió una botella de cerveza; mientras refrescaba su garganta concluyó que Angya era la única persona que realmente podría ayudarle. Miguel se dejó caer, agotado, en uno de los tresillos del salón. Se encontraba aturdido de dar tantas vueltas a la cabeza. Lo único que deseaba era volver a estar con Angya y dormir junto a ella al llegar la noche, abrazados en el silencio de su dormitorio en penumbra. ¿Qué sería de ellos dentro de unos días, cuando su avión despegase y se convirtieran el uno para el otro durante meses sólo en una evocación de ese misterio que algunos llaman alma y que para otros sólo es un vasto conjunto de neuronas y reacciones químicas? ¿Qué sería de él, tras haber conocido el amor, en aquella casa triste y fría, cuyas paredes rezumaban instantes terribles? Tenía que conseguir un trabajo como fuera. Y apenas contaba con veinte días para conseguirlo.

### **El regreso de Angya**

Cuando Angya entró en casa y le vio, dejó caer la maleta al suelo y se abrazó a él con todas sus fuerzas, besándole con tal sentimiento que le conmovió.

-Te quiero -le susurró Angya al oído-. Te quiero. Te quiero -repitió de nuevo por dos veces.

En ese instante Miguel se sintió tan ruin por haber pensado mal de ella que le dieron ganas de apartarse para no mancharla. Pero no se movió. Se mantuvieron abrazados el uno al otro largo rato, el suficiente como para que Miguel tomara conciencia de que, por primera vez en su vida, otro ser humano distinto de su madre le quería y se lo confesaba además abiertamente. Se vio de pronto invadido por la íntima certeza de que nunca volvería a ser protagonista de una declaración de afecto tan sentida y tan sincera como la que acababa de escuchar de los labios de Angya; pensó que tal vez sus almas se habían pertenecido realmente desde siempre y que el azar, que pudiera no ser otra cosa que el desconocimiento de un futuro que ya está previamente trazado y hacia el cual nos dirigimos, había obrado el milagro de que se reconocieran el uno al otro y asumieran lo que el destino les tenía preparados. ¿Pero qué era lo que el destino les tenía preparados?

Angya había regresado de Houston con una apremiante, casi desesperada necesidad de afecto, y sólo buscaba la proximidad de Miguel. Agotada como estaba del viaje, acabó durmiéndose abrazada a él en el sofá de la sala. No era raro que Carlos y su hermano hubieran sido incapaces de encontrar a una actriz que superara la belleza de Angya. Sus facciones, contempladas desde cualquier ángulo, superaban ampliamente la idea que cualquier hombre pudiera hacerse del concepto abstracto de belleza en un rostro de mujer. El mismo no podría acertar a describirla comparándola con otra persona porque simplemente no guardaba ningún parecido con nadie que recordara. Pero si de algo estaba seguro es que no fue el físico lo que le desencadenó en su interior la química del encuentro; de haber sido así, no hubiera sabido de dónde sacar el valor suficiente para dar aquel primer paseo con Angya.

Carlos entró en ese momento en la casa, se dirigió hacia la sala y se sentó en uno de los sofás mientras masticaba un chicle con fruición.

-¿Cómo te va con Eva? -preguntó Miguel en voz baja para evitar despertar a Angya.

-¡Yo qué sé! -le contestó de mala gana sin dejar de mirar hacia el paquete de chicles con el que jugueteaba entre los dedos. Tras un instante de silencio, matizó:

-No la entiendo.

Carlos se aproximó con dejadez hacia una de las ventanas de la sala y comenzó a fisgonear nerviosamente el exterior en todas direcciones.

-¡Esta calle de noche parece un cementerio! ¡No pasan coches, no pasa gente, parece un barrio muerto! -dijo alzando el tono de voz, malhumorado.

Miguel no se atrevió nunca a invitar a Carlos a su casa; de haberse asomado una sola vez al diminuto balcón de su habitación no hubiese hecho quizá ese comentario. Carlos consultó su reloj y comentó en voz alta sin dejar de mirar por la ventana:

-No sé si bajar al pub ese de la calle Henry a tomar una cerveza.

-Tienes cervezas en el frigorífico, si quieres.

Carlos se volvió y le miró como si no le reconociera:

-¡Y también tengo un curso de inglés en casa, no te fastidias! ¡Me hubiera ahorrado el viaje hasta aquí de haber caído en la cuenta antes!

Angya, que se despertó en ese mismo instante, sonrió con placidez a Miguel nada más verle; después se incorporó, sentándose en el sofá, y saludó a su sobrino al tomar conciencia de la presencia de éste en la habitación:

-Hola, Carlos.

-Hola.

-¿Qué hora es? -preguntó Angya mientras se despabilaba.

-Las doce menos diez -respondió Carlos según se sentaba de nuevo en una de las butacas de la sala- ¿Tienes que trabajar mañana?

-Me he tomado vacaciones.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó, curioso, Carlos.

Angya se quedó en blanco; finalmente, dijo sin demasiada convicción:

-Una temporada.

Angya cogió a Miguel de la mano y le miró a los ojos:

-Tendremos todo el tiempo para nosotros.

Carlos hizo ademán de querer preguntar algo a su tía, pero al final no se atrevió; Angya, que se dio cuenta del detalle, le instó a hacerlo. Carlos buscó las palabras:

-¿Cuánto tiempo hacía que no salías con nadie?

-Mucho tiempo, Carlos.

-Cuánto, si puede saberse.

Angya se le quedó mirando fijamente; tras unos instantes durante los cuales se diría estar valorando hasta qué punto debía sincerarse con su sobrino, le contestó, mesurada:

-Once años.

-¡Qué! ¡Once años! -exclamó Carlos, asombrado-. ¡Eso es mucho tiempo!

Carlos se quedó mirando a su tía como si se tratara de un bicho raro:

-¿No te llegaste a casar nunca?

-Sí; me casé en el 59, pero no duró mucho. Tus padres nunca te contaron nada, ¿verdad?

-Ellos casi nunca hablaban de ti.

-Para *El Coronel*, para tu abuelo quiero decir, dejé de ser su hija desde el momento en que le dije que quería ser actriz y venir a New York. Ya se encargó él de ir apartándome poco a poco de tu tío Sebas y de tu padre.

-¿Por eso no fuiste a Madrid al entierro del abuelo?

-No fui porque cuando murió mi niño reventado por un maldito autobús en Fulton Street, tu abuelo no fue capaz de llamarme ni una sola vez para darme el pésame o preguntarme cómo estaba. Ni siquiera cuando estuve en Madrid. Mi hijo no merecía semejante desprecio.

Un denso silencio se apoderó de la habitación. Miguel no fue capaz de imaginarse el sufrimiento de perder a un hijo, menos aún bajo unas circunstancias tan horribles. De repente se acordó de aquella tarde lluviosa en la que vio a Angya puesta en pie frente a la ventana del primer piso y creyó adivinar el lugar exacto hacia el cual se asomaban en aquel instante sus pensamientos. Miguel se excusó y dirigió sus pasos hacia el cuarto de baño; no olía a jabón como en otras ocasiones: un hediondo hedor a cieno procedente de alguna alcantarilla atascada le obligó a abrir de par en par el ventanal del servicio. Las entrañas de Brooklyn olían tan mal como las de Madrid.

## **A oscuras**

La luz de la vivienda situada al otro lado de la estrecha callejuela se reflejaba en el espejo del armario, incidiendo directamente sobre los ojos de Miguel, pero no se atrevió a levantarse y bajar la persiana por temor a despertar a Angya. Observó durante unos instantes su propio reflejo en el espejo del armario y se notó extraño, como si no se reconociera, como si fuera otro a quien miraba. Se giró en la cama muy despacio, procurando en lo posible no mover el colchón para no perturbar el descanso de Angya, pero al volverse descubrió a ésta con la vista clavada en el techo de la habitación y el rostro descompuesto. Un brillo húmedo alrededor de sus ojos delataba que había estado llorando. Angya no se movió, se limitó a respirar profundamente de manera entrecortada, con la mirada perdida en la oscuridad del cielo raso. Miguel abrazó a Angya y ésta se aproximó a él, reclinando la cabeza sobre su pecho; el sufrimiento aborrece las palabras y ninguno de los dos dijo nada.

Le vino a la cabeza de repente ese abrazo que dejó de dar a su madre aquella noche de fin de año porque estaba enfadado y se maldijo. Ni arrodillándose ante el tiempo y suplicándole podría ahora dar marcha atrás para poder volver a acariciar su

cabello canoso a través de aquella redecilla que usaba al dormir y que a él le hacía tanta gracia. ¡Cuántas cosas desconocería ya siempre acerca de su madre por no haberla prestado suficiente atención mientras hablaba! Con su muerte su naturaleza se volvió triste y reservada. Muchos de sus amigos se vieron incapaces de comprender el profundo cambio de personalidad que operó en él y fueron relegándole. La mayoría de aquellos a los que consideraba sus amigos no se comportaron como tal. Sólo Juan “el negro” se mantuvo a su lado, aunque desde que se echó novia formal apenas se veían. A Carlos le conoció algo más tarde, casi al mismo tiempo que a Carmen, cuando ya había aprendido a aceptar que la mejor forma de tener amigos era no exigirles demasiado ni esperar gran cosa de ellos.

Su relación con Carmen sólo fue un intento, tan tenaz como infructuoso, de comprender su condición humana. Carmen, como Angya, también tenía los cabellos dorados y poseía unos preciosos ojos azules que le brillaban en un sinfín de pequeños destellos de una belleza incomparable en cuanto el sol se posaba sobre ellos; su nariz, pequeña y respingona, daba a su rostro una apariencia delicada, pero, a diferencia del de Angya, sus rasgos carecían de fuerza. La mirada de Carmen era la de un felino domesticado que sólo busca un lugar seguro en el que procrear y sacar adelante a su prole; la de Angya poseía el vigor y la nobleza de la mirada del halcón.

Miguel no podía dar a Carmen lo que buscaba, en ningún sentido; por eso se marchó como vino, poco a poco, hasta desaparecer totalmente de su vida. ¿Debería afrontar la soledad en la que transcurrirían sus años venideros antes que compartir su tiempo de vida sólo a medias con otro ser humano, a quererle sólo a medias y a medias sólo ser querido, como les sucedió a sus padres?

Ya nada podría ser igual. Angya le había entregado lo más valioso que poseía y estaba dispuesto a atesorarlo. Qué sería de ellos no lo sabía. El futuro de ambos era un universo oscuro lleno de preguntas, al igual que la Existencia.

La luz de la casa de enfrente se apagó con las primeras luces del alba; como las ilusiones de Angya. Como la vida de su hijo.

## **The Fall**

Un estrepitoso ruido de tazas estrellándose contra el suelo sobresaltó a Miguel mientras se exploraba con detenimiento su cuerpo desnudo frente al espejo del cuarto de baño; Angya, que estaba en la cocina, dijo que no se preocupara, que se le había caído el desayuno al suelo, que haría otra tanda.

Miguel sintió un escalofrío y su cuerpo comenzó a temblar. La entrada del otoño, *The Fall*, como llaman los norteamericanos a esa estación, estaba próxima y se notaba: la temperatura había descendido y ya no era agradable andar en manga corta por la casa. Mientras se vestía no hizo otra cosa que intentar recordar de qué color eran los ojos de su madre. La imagen de su rostro se desvanecía con el paso del tiempo. ¡Qué frágil es la memoria y qué rápidamente se diluye en ese infinito vacío que lleva al olvido!

Angya entró en el cuarto de baño en busca del botiquín. Se había hecho un corte en uno de sus dedos con el borde de una taza y tenía dos uñas partidas. Le dijo que había tropezado con una de las sillas de la cocina y se había caído. Algo de eso debió suceder, pues entró en el baño cojeando ligeramente.

Desayunaron sentados frente a frente a la pequeña de la amplia cocina. Miguel notó a Angya preocupada. Sentía su angustia como si sus cuerpos estuvieran unidos por medio de alguna ligadura invisible a nivel del plexo solar y las vibraciones se transmitieran de uno a otro en cada respiración y en cada latido de sus corazones. Miguel rompió el silencio y dijo con cierto tono de evocación que trató de evitar sin conseguirlo:

-Me gustaría volver de nuevo a Long Island.

Miguel vaciló un poco al ver que Angya clavaba sus ojos en él.

-A la playa en la que estuvimos el otro día. Al embarcadero.

Angya le observó con fijeza durante unos instantes para bajar finalmente el rostro, entristecida.

-A mí también, Miguel. A mí también -repitió con desolación.

Miguel se aproximó hacia Angya, se arrodilló en el suelo de la cocina junto a ella y la abrazó con firmeza. Su madre, como Angya, también había perdido un hijo, y cuando las lágrimas le nublaban los ojos no lo hacía por temor a la muerte, sino por el hecho de no poder compartir con él sus éxitos y sus fracasos, por no poder llegar a abrazar jamás a sus nietos, por no poder compartir con él su futuro ni su vida. Angya, tal vez como su madre, lloraba por dentro porque *su hijo había perdido todo lo que tenía*. Y porque -se enteraría de este detalle algo más tarde- a su pequeño Jaime le gustaba mirar la espuma del mar asomado entre los huecos que separaban los grandes tablones de madera del embarcadero, cuyo suelo Angya no había vuelto a pisar desde que la fatalidad, once años atrás, le robara para siempre a su pequeño Jaime.

### **La nota amarilla**

Carlos hizo acto de presencia a media mañana. El padre de Eva les había invitado a pasar el fin de semana en su casa de campo de Rhode Island, uno de los rincones más bonitos de todo el nordeste de Estados Unidos, según la opinión de Eva. La invitación se hacía extensible a ellos también, pero, además de no encontrarse muy animados para sobrellevar las vanas formalidades que exige la etiqueta social, necesitaban de manera apremiante compartir su intimidad.

Recuerda que Angya entró en la sala con aquel álbum oscuro y desgastado y lo depositó con suavidad sobre sus rodillas; luego se excusó y le dejó sólo frente a esas hojas negras que conservaban en tonos grises perla y colores desvaídos algunos de sus

recuerdos detenidos. Ya sabía a lo que se enfrentaba al abrir el álbum, sin embargo, no pudo evitar que se le formara un nudo en la garganta al contemplar al pequeño Jaime abrazado a su madre en la playa, ni al verle soplando aquella tarta de cumpleaños en la que sólo acertaba a contar cinco velas. Le estremeció contemplar la devoción con la que madre e hijo se miraban en casi todas las fotografías y la radiante felicidad que desprendía el joven rostro de Angya. De cuando en cuando, fotografías huérfanas compartiendo páginas junto a espacios huecos dejados por imágenes arrancadas, en las que Miguel conjeturaba que el padre de Jaime debió de tener alguna vez su impronta. Al final del álbum, entre la última página y la tapa, apareció una hoja doblada de papel cuadriculado que el paso del tiempo había vuelto amarillo. Tras unos instantes de indecisión, se decidió finalmente a abrir la nota, en la que con letra garabateada, se alcanzaba a leer:

*“Cuando me haga mayor cuidaré de mi papás para que no estén solos”.*

Miguel dobló la hoja de papel y la dejó de nuevo en su sitio, cerró el álbum sobre sus rodillas y se quedó muy quieto escuchando los golpes secos de la pena intentando abrirse hueco entre los pliegues de su alma.

Angya entró en ese momento en la sala, se sentó junto a él y le asió una mano con fuerza y sin hacer ningún comentario. Miguel, rompiendo el silencio, comentó en voz baja:

-Cinco meses después de que mi madre muriera, escuché su voz en la ducha.

Angya se le quedó mirando muy seria. Miguel prosiguió:

-Me dijo que ya no le dolía. Que estaba bien. Me dijo que en mis átomos figuraba su espíritu. No llegué nunca a entender del todo lo qué quiso decirme con esto, aunque intuitivamente he estado muchas veces cerca de lograrlo. Y también me dijo que debía ser fuerte. Nunca más he vuelto a oír su voz. He imaginado que hablaba con ella y que me contestaba, pero no he vuelto a escuchar su voz.

Angya, que le miraba con gravedad, preguntó tras unos instantes de introspección:

-¿De qué murió tu madre?

-De cáncer.

-Lo siento -dijo Angya, apenada.

-Tienes que ayudarme, Angya. Necesito encontrar algún trabajo. No puedo regresar a Madrid como si nada de esto hubiera sucedido. Necesito estar aquí contigo. No puedo marcharme. Allí no tengo a nadie. Estoy solo. Solo. Necesito tener algún trabajo. Cualquier cosa. Algo que me permita cubrir mis gastos.

Miguel, sintiéndose repentinamente cercado por la angustia, se puso en pie y encaminó sus pasos hacia una de las ventanas del salón mientras intentaba poner en orden sus ideas. ¿Cómo podría hacer comprender a Angya lo que suponía convivir con su padre, un ser castrado y roto, egoísta, frío y carente del menor atisbo de sensibilidad? ¿Cómo podría hacer entender a Angya lo que es un padre que por su voluntad no lo debería haber sido jamás?

Angya, que le miraba con aire grave, comentó con un hilo de voz:

-Me he despedido del trabajo.

Miguel se aproximó hacia Angya y se sentó de nuevo junto a ella. Al borde del aturdimiento, exclamó en voz alta:

-¡No entiendo nada! ¿Qué estás diciendo? ¿No estabas de vacaciones?

-Llevaba años sin tomarme apenas días libres. Pedí a la empresa un par de semanas para estar contigo. Y empezaron a ponerme pegas: que si esto, que si lo otro, que si les hubiera avisado antes. Así que les llamé desde Houston y me despedí.

-¿Y qué vas a hacer ahora? -preguntó Miguel con manifiesta preocupación.

Angya clavó sus ojos en los de Miguel y dijo muy seria:

-Estar contigo. No cambiaría estos días por nada.

Miguel, que se sintió de pronto como una diminuta boya flotando errática en el océano a merced de la marea, se dejó abrazar por Angya mientras desfilaban por su mente los escalones de hormigón de su pequeño bloque de viviendas situado a espaldas de la avenida principal de la Colonia. Cuando los subía era como si el mundo se despidiera de él, como si la vida se resistiera a acompañarle y prefiriese quedarse fuera de aquel horrible edificio gris en el que la frustración vagaba como un fantasma silencioso tras las puertas de cada uno de sus moradores. Imaginarse que podría escapar de aquella realidad espantosa de la que formaba parte y a la que no hallaba el menor sentido sin pagar algún tributo era una entelequia, y lo sabía. Angya, ni en su imaginación ni fuera de ella, podría subir jamás aquellos peldaños sin desvanecerse como la bruma en la mañana.

### **Cranberry Street**

Cuando salió del supermercado de la calle Henry y dobló la esquina hacia Cranberry Street volvió a sentir la misma sensación de quietud que le invadió aquella primera tarde en la que Eva, tras ir a buscarles al aeropuerto en su automóvil, estacionó el vehículo frente a la casa de Angya. Recuerda que salió del coche con expresión bobalicona y se quedó mirando ensimismado a su alrededor. Brooklyn Heights era un barrio lleno de seducción, con hermosas callejuelas con nombres de frutas y de árboles, como Cranberry, Willow, Orange o Pineapple Street. Un barrio residencial y burgués de preciosas casitas cubiertas de hiedra y en el que los precios de los alquileres eran tan elevados como en Manhattan. La *brownstone* que habitaba Angya se encontraba en el 19 de la calle Cranberry haciendo esquina con Willow Street. Era un pequeño edificio de dos plantas en color rojo oscuro, coronado por un ático decorado en pizarra negra, al que se accedía desde la calle por una escalinata de siete peldaños flanqueada por sendos

pasamanos de hierro, y que contaba con dos puertas, una exterior, que daba a la escalinata y otra interior de acceso a la vivienda, y un sótano espacioso cuyas ventanas se encontraban situadas algo por debajo del nivel de la calle, en una especie de foso convenientemente separado de la misma por una verja de hierro de similar diseño al del pasamanos de la escalera.

Cranberry Street, como la mayoría de las calles de Brooklyn Heights, era un remanso de paz, una callejuela irregular y algo estrecha, hasta el punto de que los automóviles sólo podrán estacionar en uno de sus márgenes, desde la que era posible percibir el eco profundo de las sirenas de los barcos entrando y saliendo de la bahía de Nueva York, el suave rumor de las hojas de los árboles que tamizaban la mágica luz de sus aceras e incluso el retumbar de los pasos de algún que otro viandante solitario. Un lugar demasiado bonito y caro como para que Angya, mujer juiciosa y de temperamento reflexivo, lo dejara escapar entre sus manos por una ligereza. Que su presencia fuera capaz de trastocar de manera tan determinante la vida de otro ser humano hasta el punto de obligarle a decidir entre su trabajo y compartir su tiempo con él, era algo totalmente inimaginable hasta ese momento por Miguel, y sus implicaciones le abrumaban. Él era sólo el hijo de un mecánico que tras años de privaciones había conseguido adquirir a duras penas uno de los tres pequeños talleres que daban servicio a la barriada obrera de San Fermín; era un estudiante universitario del montón, de esos que al finalizar la carrera, sin más recomendación que unas calificaciones mediocres, se ven abocados a engrosar las filas del paro y a ejercitar una y otra vez la dura tarea de opositor mientras la ilusión va quedando reducida poco a poco a cenizas. No tenía, ciertamente, oficio ni beneficio. Ni futuro, salvo el foso del taller, que le esperaba, paciente. Recuerda que pensaba todo esto según subía despreocupadamente por Cranberry Street cuando, al mirar hacia adelante, vio a Angya sentada en el interior de su automóvil. Tal vez fuese sólo una apreciación equivocada, pero creyó notar cómo Angya no sólo se puso nerviosa

al verle, sino que hizo todo lo posible para evitar que se aproximara hacia donde se encontraba:

-Subo ahora mismo, Miguel. Tú ve poniendo a cocer el agua para la pasta -le gritó con nerviosismo asomándose apenas desde la ventanilla del coche.

-De acuerdo -respondió Miguel desconcertado sin atreverse a desviar su trayectoria ni un solo milímetro.

Recuerda que nada más entrar en la casa se dirigió apresuradamente hacia una de las ventanas de la sala, se agazapó tras el visillo y escudriñó a Angya procurando que ésta no intuyera su presencia. Fue una visión fugaz, una percepción fugitiva que apenas perduró un instante en su retina, pero creyó ver cómo una de las piernas de Angya se convulsionaba levemente, y de manera incontrolada, pese a la firmeza con la que la mujer intentaba sujetarla entre sus manos. Miguel se retiró a toda prisa de la ventana al notar que Angya alzaba la vista. Recuerda que se quedó muy quieto mientras su mente se vio repentinamente trasladada a la habitación 2S0212 del Hospital Clínico en la que su madre pasó sus últimas cinco noches. Felisa, la compañera de habitación de su madre, padecía una extraña e infrecuente dolencia que los médicos denominaban “Esclerosis Lateral Amiotrófica de presentación bulbar”, un mal implacable, cruel y devastador que en apenas cuatro meses la llevó a la muerte por insuficiencia respiratoria terminal. No olvidará cuando la bajaron a la UVI, con el rostro blanco como el mármol y los labios azules por la falta de oxígeno. El marido de Felisa se opuso a que le realizaran una traqueotomía para la conexión definitiva a un respirador artificial, pues sabía que eso sólo alargaría su agonía inútilmente. Afortunadamente para Felisa, y en contra de todo pronóstico, falleció esa misma noche tras una parada cardiorrespiratoria. Su madre lloró la pérdida de su compañera de habitación como si se tratara de alguien que hubiera conocido desde siempre. Teodoro, el marido de Felisa, al que recuerda vagando por los pasillos del hospital como ánima en pena y con el rostro siempre congestionado, les contó a él y su padre que su mujer había comenzado a padecer temblores ocasionales en

brazos y piernas meses atrás, que los médicos habían achacado por error a algún tipo de desarreglo psicológico.

Tan sumido se encontraba en esos sobrecogedores momentos de su pasado que no escuchó cómo Angya entraba en la casa y hacía acto de presencia en la sala. La mujer, al verle, le sonrió, se aproximó hacia donde estaba y, asiéndole con suavidad de la mano, le hizo tomar asiento junto a ella en uno de los tresillos con los que contaba la habitación.

-No te he contado nada para evitarte preocupaciones. En realidad, no fui a Houston por motivos de trabajo, sino para una revisión médica de evaluación.

Miguel bajó la cabeza con abatimiento.

-No, no, Miguel -continuó Angya-. No debes preocuparte. Estoy bien. He tenido mucha suerte. Padezco un tipo de esclerosis benigna cuyos síntomas han ido remitiendo poco a poco. Ahora sólo tengo brotes esporádicos que los doctores me han asegurado que irán desapareciendo poco a poco. En el peor de los casos no empeoraré. Simplemente tendré algún que otro temblor en las manos o en las piernas, pero sin más consecuencias, eso es todo.

-¿Y si te pasa conduciendo? -preguntó Miguel mirando a Angya con enorme tristeza.

Angya, no le respondió; acarició con sus manos el rostro de Miguel y comenzó a besarle con vehemencia:

-¡Oh, Dios mío, Miguel, perdóname, perdóname! No quería hacerte sufrir. Lo he pasado muy mal estos dos últimos años, pensaba que iba a morir.

Miguel abrazó a Angya y la tarde se llenó de silencio. Y de rayos de sol desde cuyo seno partículas suspendidas danzaban al son de los amantes en un instante de amor pleno.

## Ana

El pub invitaba a la intimidad. Rafa había bajado el volumen de la música hasta convertirla en un agradable sonido de fondo, y las luces cálidas de las lámparas que iluminaban los cuadros de las paredes suavizaban las facciones de los rostros.

-Debe ser bonito conservar esa clase de recuerdos -comentó Berta con convencimiento.

Miguel escrutó a Berta. Tras unos instantes de introspección, Berta prosiguió:

-La verdad es que a mí me gustaría tenerlos. Quiero decir que nunca he vivido una relación semejante. Ya sabes cómo somos las mujeres, soñamos de jóvenes con enamorarnos, con príncipes azules y con todas esas cosas. Y la que diga lo contrario, miente. Angya sería muy feliz contigo, no me cabe duda. ¿No te casaste?

Miguel niega con el rostro.

-¡Pero alguna que otra aventurilla habrá habido, digo yo! -Berta sonríe con picardía.

-No, aventuras no, sólo unos pocos encuentros.

-¿Unos pocos encuentros? -preguntó Berta intrigada.

-Sí, personas con las que te cruzas y que sientes que son afines a ti de alguna manera. No es algo que pase a menudo. Por eso, cuando sucede, no sabes cómo reaccionar.

-¿Vive tu padre todavía? -preguntó Berta a Miguel, curiosa.

-No, murió hace 8 años.

-¿Arreglaste tu situación con él antes de morir?

-Murió preguntándome quién era yo. Pero creo que aunque le hubiese llegado su momento totalmente cuerdo no habiéramos podido arreglar nada en absoluto, entre otras cosas porque para él nunca hubo nada que arreglar. Eso es lo más triste de todo.

-¿Le contaste alguna vez a tu padre lo de Angya?

Miguel negó con gravedad, pero no se atrevió a decirle a Berta que ella era la primera persona a la que se había atrevido a hablar abiertamente de Angya. Tal vez, por otra parte, no le hubiera creído. Rafa se aproximó hacia la mesa y les ofreció otra copa. Ambos aceptaron de buen grado la invitación.

-¿Fuiste a Nueva York por motivos de trabajo o simplemente de turismo? - preguntó Miguel a Berta.

-Fui a ver a mi hija. Estudia medicina en la Universidad de Nueva York.

Miguel la miró algo sorprendido.

-Ya sé, te estarás preguntando por qué estoy aquí esta noche en vez de estar con ella. La respuesta es que se ha echado novio formal allí y estas Navidades le tocaba pasarlas con la familia del chico. Pero vendrán los dos para fin de año. La verdad es que el chico es majo, todo lo contrario de lo que en un principio imaginé: moreno, bajito y feote, pero parece muy buena persona. Y sus padres también. Yo estoy divorciada.

-¿Cuánto tiempo hace que te divorciaste? -preguntó Miguel.

-Me casé con veintidós años y me divorcié nada más cumplir los treinta. Ahora tengo cuarenta y cuatro, así que echa la cuenta.

Berta asió su vaso y bebió un sorbo de cerveza; tras unos instantes de introspección, Miguel comentó:

-Antes de venir hacia aquí -dijo Miguel- estuve un buen rato viendo llover asomado a oscuras a la ventana del taller. Quizá media hora, tal vez más. Durante todo ese tiempo me repetía a mí mismo que no existe gran diferencia entre cenar solo en Nochebuena y hacerlo en cualquier otra noche del año. Pero no es cierto, porque hoy la avenida estaba desierta.

-Ocho años cenando solo son muchos.

No habían sido ocho años, sino toda la vida, al menos eso era lo que Miguel sentía, pero prefirió guardarse para sí este pensamiento.

-Aunque teniendo en cuenta lo que me has comentado acerca de tu relación con tu padre, quizá hayan sido muchos años más.

Miguel alzó la vista hacia Berta, cuyos ojos cálidos y despiertos le miraban con serenidad.

-¿Sigues conservando la “tubería del retrete”?

Miguel sonrió con ganas:

-Sí, pero ahora tengo una un poco mejor.

-¿Y se ve algo con esos chismes?

-Si la atmósfera está limpia y observas desde un sitio oscuro, sí. Hoy hay que alejarse de Madrid por lo menos setenta kilómetros para realizar una observación en condiciones.

-Nunca he mirado a través de un telescopio.

-Pues el mío está a tu disposición.

Berta le observó en silencio durante unos instantes y finalmente dijo:

-Me pareces un sujeto francamente interesante, ¿sabes?

Berta no parecía ser esa clase de persona capaz de andarse por las ramas, por eso Miguel trató de alejar la imagen de una de esas mujeres con las que se había cruzado tantas veces en la *boite* y que empezaban a arrinconarle con indirectas y veladas proposiciones en cuanto la ocasión era propicia. Ese *no podía ser* el estilo de Berta.

-Tengo enchufe -comentó Miguel en broma.

-¿Enchufe? -preguntó Berta extrañada.

-Rafa. Seguro que te ha hablado de mí en más de una ocasión.

-Le conoces bien -dijo Berta sonriendo-. Me ha hablado de ti muchas veces.

Miguel no sospechaba hasta qué punto Rafa le apreciaba, y se sintió halagado, a la vez que agradecido.

-Espero no haberte defraudado.

Berta le miró directamente a los ojos:

-Si lo hubieras hecho no estaría aquí sentada. Y no es porque tenga cosas mejores que hacer, sino porque sería verdaderamente triste compartir una madrugada de Navidad con alguien que no te agrada.

Miguel bajó la vista hacia el paquete de postales que se encontraba aún a medio desenvolver y se fijó en una imagen que parecía muy antigua y que mostraba un viejo faro de planta cuadrada, más bien bajo, erigido pared con pared junto a una casita de dos plantas y tejado de doble vertiente.

-¿Sabes -dijo Berta- que en Long Island ha habido veinticuatro faros? En Kings está el de Coney Island, en Nassau hay tres, y el resto estaban desperdigados por todo Suffolk. Este, en concreto, el de Lloyd Harbor -dijo señalando la instantánea- ya no existe. Se consumió por el fuego en 1947. Luego construyeron otro, el de Huntington, a no mucha distancia. Soy una enamorada de los faros. Mi hija, Ana, que sabe que me gustan, me envía constantemente fotos digitales por internet que ella misma hace. La mayoría pertenecen a Long Island. No en vano los padres de James viven allí. Long Beach, Merrick, Brentwood, Southampton. Me mandó unas imágenes preciosas de Sag Harbor, un antiguo puerto ballenero. Tú lo conoces. Y de Amagansett, el pueblo en el que se rodó la película "Tiburón" -Berta escruta a Miguel con la mirada y continúa tras una breve pausa-. ¿Te gustaría echarlas un vistazo?

Miguel, que miraba a Berta con expresión reservada, no tardó en responder:

-Si son tan buenas fotografías como las que me has enseñado, será una grata experiencia.

-Mi hija no es tan meticulosa a la hora de fotografiar, pero la mayoría de las fotos están bastante bien -Berta consultó su reloj-. ¿Tienes que madrugar mañana? Te lo pregunto porque tengo el presentimiento de que si dejamos lo de las fotos para otro día tal vez no llegues a verlas nunca. Ya sabes, por aquello de los "encuentros" a los que tú has hecho referencia antes.

-Me encantará ver esas fotografías.

Berta se volvió hacia la barra y llamó a su hermano:

-¡Camarero, la cuenta, por favor!

Rafa rió la gracia de Berta y se dirigió hacia la mesa.

-¡Ya te vas! ¡Tan pronto! -exclamó Rafa con cierta desilusión mal disimulada nada más aproximarse a la mesa.

-No, Rafita -dijo Berta-, nos vamos los dos.

-¡Y eso! ¿Os vais a otro sitio? -cuestionó Rafa algo sorprendido.

-Voy a enseñarle a Miguel las fotografías de Ana. Si me pasa algo ya sabes quién es el culpable.

Rafa miró a Miguel algo desorientado.

-No, no le mires a él, mírate a ti, que eres el que nos has enredado -comentó Berta a su hermano en broma-. Nos vemos mañana.

-Se puntual. Ya sabes cómo es mamá con la comida de Navidad -dijo Rafa.

-Sí, hijo, sí.

Tan pronto como se levantaron de la mesa, Miguel se vio repentinamente asaltado por un torrente de pensamientos y de imágenes en las que Berta, su intimidad y la de su dormitorio acababan confundiéndose en una misma cosa, sin embargo, la intuición le dictaba que era mejor no dar tiempo a que las dudas abrieran una brecha a través de la cual la razón pudiera cuestionar ni por un solo momento lo acertado de su decisión. Se despidieron de Rafa y abandonaron el local con la incertidumbre esbozada en sus miradas.

## **Lluvia**

Las luces de la calle se reflejaban en el pavimento mojado de las aceras y las de los vehículos, cuyos neumáticos levantaban ruidosas cortinas de agua a su paso, relucían sobre el asfalto, polícromas y cambiantes. Miguel miraba ensimismado a través

de la ventanilla del automóvil de Berta mientras pensaba lo rápido que había transcurrido su vida. A punto de cumplir los cincuenta, se sentía como un adolescente habitando un cuerpo viejo que en algunas ocasiones le costaba reconocer como suyo. Había entrado en el otoño de sus días casi sin darse cuenta, dócilmente, pero la posibilidad de acostarse y no despertar al día siguiente se cernía cada vez con más frecuencia entre las oscuras sombras, algunas con formas vagamente humanas, que deambulaban por su dormitorio. Eso y su pasado, que se había convertido con el tiempo en simples retazos de recuerdos que se mezclaban con dudosa continuidad, llenaban la soledad de sus noches.

Berta detuvo el automóvil frente a un semáforo en rojo:

-Estás muy callado -dijo Berta.

-No me has dicho a qué te dedicas -comentó Miguel.

-A nada. Me dedico a nada.

Miguel se la quedó mirando sin saber qué decir.

-A mis padres -dijo Berta- les tocó la lotería hace quince años. Compraron seis pisos además del suyo, dos por la zona de Bravo Murillo y los otros cuatro por la del Retiro. Vivimos, literalmente y como suele decirse, de las rentas.

El semáforo se puso en verde y Berta arrancó el automóvil, cuyo cristal delantero se cubrió rápidamente con gruesas gotas de lluvia que el único brazo del limpiaparabrisas no tardó en arrastrar.

-¿Por qué no acabaste derecho? -preguntó Berta rompiendo el ensimismamiento de Miguel.

-En quinto suspendí todas las asignaturas.

-¿No te has arrepentido nunca de dejar la carrera a medias?

-Nací con la palabra *mecánico* escrita en la frente. Podría haber sido peor; hay quien nace con la frente en blanco; yo al menos tenía el taller.

-Pero lo odiabas.

-Sí, lo odiaba porque sabía que era allí donde acabaría tarde o temprano. Sentía que mi padre me había condenado a ser mecánico incluso antes de nacer.

-Entonces, ¿por qué no hiciste todo lo que estaba en tu mano para terminar la carrera? No lo acabo de entender.

-Porque dejó de importarme. Además, no era muy bueno -dijo Miguel con cierto laconismo tras un silencio-. A decir verdad, era bastante mal estudiante -remató finalmente.

-¿Tu padre tuvo que ver algo con eso?

-No -contestó Miguel reafirmando su respuesta con un movimiento de cabeza-, en realidad él lo sintió. Le hubiera gustado presumir ante sus amigos de tener un hijo abogado.

-Vivo en el 188 de la calle Bravo Murillo. Aún no te lo había dicho. Es una zona muy ruidosa, pero tengo cariño al barrio. Crecí allí. Nada más divorciarme, me instalé en una de las casas que mis padres habían comprado.

Sofía, cuyo recuerdo había emergido súbitamente del pasado más sórdido de Miguel, también vivía en la misma calle, justo en el portal que acaban de dejar atrás. La conoció una noche en un bar del centro. Era una mujer libertina y obscena que no dudó en llevarle a su casa para entregarse a él con la misma rapidez que vaciaba cualquier botella que cayera entre sus manos. Sofía, cuyo aliento apestaba a alcohol a todas las horas del día, fue víctima del abandono más ruin que mente alguna pueda imaginar, y su actitud hacia la vida sólo era consecuencia del terrible sufrimiento al que se vio sometida durante su infancia y su primera adolescencia. El universo de Sofía no tenía horizontes, ni perspectivas, era un mundo plano que sólo podía recorrerse cuesta arriba y, como el de todos, sin posibilidad de vuelta atrás.

El automóvil de Berta pasó bajo un adorno luminoso, suspendido de una acera a otra de la avenida, en el que se alcanzaba a leer las palabras “Feliz Navidad” delineadas

mediante la luz de varias decenas de bombillas coloreadas; después, tras aminorar su velocidad, enfiló la puerta de un garaje, cuya rampa descendió con suavidad.

Berta y Miguel se apearon del vehículo; el sonido sordo causado por las puertas del automóvil al cerrarse reverberó en el lóbrego aparcamiento.

-¿Qué recuerdos conservas de Long Island? -preguntó Berta encaminándose hacia la rampa del estacionamiento.

Para Miguel Long Island era un lugar triste y decadente, con cielos oscuros teñidos de color violeta, cubiertos casi siempre por un manto de nubes grises. Un lugar desapacible anclado en un invierno eterno, en cuyas playas abiertas al Atlántico batían las olas con fuerza desmedida. Pero la respuesta que Miguel dio a Berta fue más sutil:

-Tengo los recuerdos algo mezclados. Estuvimos en varios sitios. Angya alquiló un apartamento en Long Beach; un lugar absolutamente deprimente.

-¿Long Beach o el apartamento?

-Ambas cosas -respondió Miguel con determinación.

Berta y Miguel salieron a la calle, doblaron la esquina de la callejuela por la que se habían adentrado en el automóvil apenas unos momentos antes, y desembocaron de nuevo en la avenida. Miguel respiró profundamente: olía a lluvia y a "Aire" de Loewe. El perfume de Berta le atraía casi tanto como cada uno de sus gestos y maneras, y en ese instante sintió el deseo de tomarla entre sus brazos y abrazarla. Berta, que notó algo, se volvió hacia Miguel; cuando su mirada se encontró con la de él se sintió de pronto convertida en el centro del mundo, y ese sentimiento probablemente no hubiera sido diferente si Miguel le hubiese mirado de idéntica manera hace veintiocho años. La mirada de Miguel -conjeturó Berta- no tenía edad y Angya debió quedar prendida de ella nada más verle.

## **La brisa**

Angya y Miguel se encontraban a oscuras asomados a la ventana del salón. Aquella noche inolvidable fue realmente calurosa y resultaba un verdadero placer sentir en el rostro la suave brisa procedente de la bahía. De fondo, y si se prestaba algo de atención, también podía percibirse un constante ruido del tráfico procedente de la Brooklyn-Queens Expressway, o BQE, autopista que discurría bajo El Paseo dividida en dos alturas, según el sentido de marcha de los vehículos, y a la que Angya, en un inglés con acento americano tan perfecto como ininteligible, denominaba "*the rumble*", el rumor.

Angya, cuya exultante belleza se intuía gracias a la iluminación procedente de la calle, se volvió hacia Miguel y le miró con tal profundidad que logró intimidarle:

-No tengo palabras para expresar lo que siento por ti, Miguel. Ni si quiera en mis sueños de adolescente imaginé que pudiera vivir alguna vez algo semejante. Y replantearme que podría ser tu madre no me sirve para mucho porque he conocido hombres hechos y derechos a los que tú podrías dar toda una lección de madurez. Siento que he sido verdaderamente afortunada al conocerte.

Miguel asió a Angya por la cintura, la atrajo hacia sí y se unió a ella en un beso prolongado. Después, sin soltarse de la mano, se volvieron de nuevo hacia la ventana y dejaron que la brisa secase sus lágrimas y sus pensamientos se diluyeran en el silencio.

Un automóvil dobló la esquina de Columbia Hights y se adentró por Cranberry Street, iluminando con sus faros a su paso la estrecha callejuela, que quedó nuevamente en calma tan pronto como el vehículo se perdió de vista calle abajo, desviándose finalmente por Henry Street.

-¿Por qué te despediste, Angya? ¿En qué pensabas cuando lo hiciste? -preguntó Miguel rompiendo el silencio en el que estaba sumida la estancia.

-En morirme, Miguel. Pensaba que iba a morirme, por eso me despedí. Lo hice desde Houston. Creía que las pruebas serían desfavorables y que me darían unos pocos

meses de vida. Mi horizonte eras sólo tú y quería aprovechar hasta el último minuto contigo.

Angya dedicó una sonrisa a Miguel y le acarició la mejilla con exquisita delicadeza. Aquella noche el tráfico de la Interestatal 278, como también era conocida la BQE, apenas se dejaba escuchar; eran casi las dos de la madrugada en Brooklyn Heights y la quietud en la que se hallaba sumido el barrio permitía incluso percibir la caída esporádica de las primeras hojas de los árboles anunciando la llegada inminente del otoño, que cubriría pronto con su color parques y jardines antes de que el invierno los volviera tristes y grises.

-He pensado -dijo Angya- que en vez de ir a Finger Lakes podríamos alquilar una pequeña casita junto al mar. Luego, ya veremos.

Miguel bajó la vista hacia la calle y contempló ensimismado cómo un caprichoso remolino de viento arrastraba en círculos la hojarasca de una acera a otra. ¿Qué significaba “luego, ya veremos”? Su vuelo con destino a Madrid salía el domingo tres de octubre a las cinco de la tarde. No habría un “luego”, ni un “después”, si para entonces no contaba con algún trabajo, o con la esperanza al menos de conseguirlo. Imaginarse viviendo a expensas de Angya, aunque fuese sólo unos meses, incluso unas pocas semanas, era una idea que rechazaba de pleno. Dentro de catorce días, si nada lo evitaba, volvería a formar parte de la barriada de San Fermín, de la que salió para vivir un sueño en el que se daban cita sus mejores deseos, pero del que pronto se vería obligado a despertar si el destino no se ponía de su lado.

Aquella noche apenas pudo conciliar el sueño; no lograba quitarse de la cabeza el taller y, por extensión, todo lo que tuviera alguna relación con él. Se imaginó a sí mismo escuchando, un día tras otro, el viejo transistor que su padre empleaba para amenizar la jornada en aquel recinto insalubre y grasiento mientras cambiaba los amortiguadores destrozados de un utilitario con alerones y ruedas de aleación, que lo único que tenía de deportivo, aparte de las absurdas pegatinas que cubrían casi por entero su cristal trasero,

era el ruido provocado por los gases del motor saliendo por algún tramo picado del tubo de escape. Y luego estaba Paco, al que todos llamaban “el oscuro”, el mecánico que trabajaba como asalariado de su padre, un individuo soez que se pasaba el día eructando y metiéndose los dedos en la nariz sin importarle lo más mínimo quién pudiera haber en el taller. Miguel miró a Angya, que dormía plácidamente, y el contraste entre lo que pensaba y lo que veía le hizo sonreír. Era evidente que, o bien su abuela tenía razón, y su madre se había casado con la persona equivocada, o simplemente el alma de Miguel erró de sitio al nacer, de lo contrario le era difícil comprender cómo entre sus padres y él había existido siempre tan poca afinidad.

Miguel se levantó de la cama y asomó medio cuerpo por la ventana del dormitorio; en la acera, frente a la esquina de la casa de Angya y justo en el cruce de las calles Willow y Cranberry, había una vetusta estructura en color bermellón, de algo más de dos metros de altura, que estaba formada por una base en forma de columna facetada coronada por una especie de hornacina rectangular, todo el conjunto construido aparentemente en hierro macizo y con estilo propio de principios del siglo XX. Se trataba de un viejo puesto telefónico contra incendios, idéntico a los existentes en muchas de las esquinas de Nueva York, cuya línea había sido desconectada por el Ayuntamiento para evitar falsas alarmas. Los tiempos en los que fueron erigidos eran otros y hoy resultaba más fácil llamar al 911 desde cualquier teléfono, pero la ciudad rendía tributo a sus viejos teléfonos de emergencia conservándolos en sus emplazamientos originales. Recorrió con la vista la fachada de la casa de enfrente, con su pared azafranada cubierta de hiedra, su escalera de emergencia y su cornisa rematada en madera negra.

-¿No puedes dormir? -la voz de Angya se dejó escuchar de pronto en la habitación.

Miguel se volvió hacia donde la oscuridad permitía barruntar la silueta del cabecero de la cama y respondió lacónicamente con cierto tono de pesadumbre:

-No.

La estancia quedó de nuevo en silencio. Al rato, la voz de Angya resonó de nuevo la habitación:

-Con lo que tengo ahorrado, podría comprar una buena casa en Madrid, incluso con jardín. Y si mi hermano me ayudara, también podría conseguir trabajo en poco tiempo. No debes preocuparte por nada.

Miguel se estremeció; las palabras de Angya eran como piedras preciosas esparcidas por la habitación: transparentes, luminosas y de tal consistencia que llegaron a sobrecogerle. Un torbellino de emociones encontradas le impidió responder de inmediato.

-Creo que es hora de regresar a España -dijo Angya rompiendo de nuevo el silencio.

Miguel se dirigió hacia la cama y recostó su cuerpo junto al de Angya; ésta se volvió hacia él y se le quedó mirando con curiosidad.

-Aquella noche, cuando estuvimos en La Cubana... -Miguel hizo una pausa para pensar las palabras a emplear.

-¿Qué? -preguntó Angya intrigada.

-¿En qué pensabas mientras bailabas con el padre de Eva?

Angya esbozó una sonrisa llena de ternura sin dejar de mirarle:

-En ti, Miguel, pensaba en ti. Y tú te diste cuenta, ya lo sé. En realidad, no sabía qué hacer, ni cómo enfrentarme a lo que nos estaba sucediendo. Hacía mucho tiempo que no sentía algo semejante y tú eras tan joven que... Eso era la que estaba pasando por mi cabeza en aquel momento. Si te hubieses decidido a bailar conmigo no sé lo que habría pasado, me hubiera vuelto loca.

-¡Y yo, por eso no me atreví a hacerlo! -dijo Miguel.

-Debo confesarte que el vestido negro y los zapatos los compré esa misma tarde. Los compré para ti.

Miguel se perdió en las profundidades celestes de las pupilas de Angya.

-Se me hace difícil aceptar que estés conmigo. Me parece un sueño. Me parece un sueño todo lo que estoy viviendo.

-Tienes una autoestima muy baja. Crees estar en inferioridad de condiciones con respecto a los demás y eso no es cierto. No eres el patito feo del cuento. Tienes un cuerpo bien proporcionado, un rostro hermoso, unos azul verdosos verdes preciosos que dan vida a una mirada noble y cautivadora, unos modales exquisitos. Eres sincero, equilibrado, paciente y discreto. De ti emana una enorme fortaleza, incluso cuando estás relajado, como ahora. Tu presencia no podría pasar desapercibida jamás a una persona dotada con un mínimo de sensibilidad. No debes sentirte inferior por haber nacido en el seno de una familia humilde o por carecer de medios económicos. Eso no hace a las personas.

Miguel no se sentía desdichado por su procedencia, sino por la presunción de un destino que, agazapado tras un futuro supuestamente incierto, intuía ya escrito con letras grises y frases entrecortadas, dando forma a un devenir que se le antojaba, más allá de lo conjeturable, rubricado inexorablemente por la impotencia de no poder vivir de acuerdo a sus principios. La profunda soledad en la que transcurrían sus días debido a la carencia más absoluta de diálogo entre su padre y él no ayudaba tampoco a ahuyentar los malos augurios. En realidad, no se trataba sólo de eso. Describir la convivencia entre ambos era, por lo absurdo de la misma, una tarea casi imposible y, sin embargo, las consecuencias de dicha convivencia impregnaban toda su existencia, proyectándose hacia el futuro como si se trataran de una descomunal sombra de atardecer. La mayoría de las veces cenaba solo, y cuando su padre llegaba de la tasca, lugar por el que, tras la muerte de su madre, pasaba indefectiblemente tras cerrar el taller, se sentaba a oscuras frente al televisor de la salita, al que previamente había quitado el sonido, y se quedaba medio amodorrado frente a las imágenes saltarinas proyectadas por el receptor hasta la hora de acostarse. La casa por la noche era una especie de mausoleo en la que no se oía ni un murmullo. Era como vivir en una tumba. Los fines de semana no lo soportaba y

con Carlos, o sin él, se marchaba de casa nada más cenar y no regresaba hasta bien entrada la madrugada. Su padre no le preguntaba. Si se hubiera cruzado con Angeles Lladó en alguno de los garitos del centro que frecuentaba, no se hubiera atrevido ni a mirarla, simplemente se la hubiera imaginado comprometida con el refinado dueño de algún descapotable de importación aparcado en doble fila frente a la puerta del local y a tal distancia de él como la existente entre la Tierra y el Sol. Angeles no podría ser confundida con ninguna niña de papa entrada en años; su extraordinario atractivo no tenía nada en común con el que exhibían muchas de las criaturas adineradas con las que se cruzaba las noches de los fines de semana y cuya estúpida y maleducada arrogancia les desagradaba tanto a Carlos y a él. Puede que Angya tuviera razón y la vida le diera una oportunidad. Sentirse amado por ella ya lo era.

## **Levedad**

Esa mañana resplandeciente de sábado, de un azul celeste intenso y limpio, compraron varios periódicos en los que se anunciaban alquileres para vacaciones y se sentaron en la terraza que David acababa de inaugurar. Llevaba detrás de ella mucho tiempo, pero no había conseguido el permiso para instalar las mesas al aire libre hasta esa misma semana, un poco tarde quizá, sobre todo teniendo en cuenta lo rápido que desciende la temperatura en Nueva York en cuanto el verano llega a su fin. David era, en efecto, una bellísima persona, de esas a las que se les suben los colores con tan sólo imaginar que alguien pueda mal interpretar alguno de sus gestos o de sus palabras. Angya realizó varias llamadas telefónicas desde el teléfono público con el que contaba el pub y regresó a la mesa un tanto descorazonada; todas las propiedades que se anunciaban en los periódicos y que había reseñado previamente, tanto las que se alquilaban a precios asequibles como las que no, estaban ya ocupadas. David, que

probablemente había escuchado las conversaciones de Angya al teléfono, se aproximó a la mesa y comentó que su hermana quizá podría alquilarles un pequeño apartamento en Long Beach. No se trataba precisamente de esa casita solitaria frente al mar que ambos tenían en mente, pero su relativa proximidad a Brooklyn era una ventaja en caso de que Angya lograra recuperar el trabajo, pues la distancia que separaba Cobble Hill de las playas de Long Beach no se tardaba en recorrer más de cuarenta minutos. Angya habló por teléfono desde el pub con la hermana de David y apalabró sin demora el alquiler del apartamento. El pago deberían efectuarlo al portero del edificio, que era asimismo la persona encargada de facilitarles las llaves de la casa.

No podría olvidar la expresión de profundo desconcierto que adquirió el rostro de David cuando éste les sorprendió a Angya y a él besándose. Su amor hacia ella se consumaba ante sus ojos en unos brazos que no eran los suyos, llevándose consigo la esperanza de compartir con Angya algún día esos instantes anhelados y poniendo de manifiesto que su actitud de paciente espera no hubiera rendido jamás fruto alguno. Esa sería la última vez que vería al bueno de David y el detalle que de él conservaría más arraigadamente en su memoria. No sabía aquella espléndida tarde de sábado que tampoco volvería a ver a Carlos, cuyo rostro acabaría diluyéndose en el tiempo para acabar reducido a un vago recuerdo, como el de su madre, o el de la propia Angya. Caminaba feliz por las calles de Brooklyn dando la espalda al devenir y dejando que sus sentidos se deleitaran; la vista con la diáfana luz que bañaba la bahía y arrancaba preciosos brillos dorados a los cabellos de Angya, el oído con el rumor de la brisa meciendo suavemente las hojas de los árboles situados a ambos lados de las callejuelas mientras Angya le hablaba, el olfato con el delicado perfume de su piel, el tacto con el roce de sus manos y el gusto con el de los besos de su boca cuando sus labios se buscaban. Eran instantes sencillos y pletóricos que le hacían sentir una extraña sensación de mareo, una especie de vértigo en forma de diminutos estallidos que nacían cerca del corazón y se diluían rápidamente por todo su cuerpo provocándole escalofríos.

Caminaron sin rumbo, primero por Cobble Hill y después por Carroll Gardens y Park Slope. *Brownstones* y residencias privadas con las fachadas granates, algunas con frontones, otras rematadas con una especie de torrecillas, se disponían a ambos lados de calles con suave pendiente y aire victoriano que desembocaban en Prospect Park. Recorrer aquel paisaje urbano era como formar parte de una de esas películas americanas que solían echar los sábados en el viejo cine de su barrio. Cuando terminaba la proyección y salía de la sala el tiempo y el espacio parecían otros, como si las imágenes y los sonidos de la película se le hubieran quedado adheridos al cuerpo y sólo las rachas de aire frío de la avenida fueran capaces de ir poco a poco desprendiendo. Esa misma sensación fue la que le acompañó aquella tarde; se sentía tan extraño y desconcertado, que necesitaba mirarse a menudo en las lunas de los automóviles y de los escaparates para constatar que él estaba allí en verdad, junto a Angya, y que no se trataba de una de esas fantasías que a veces le daba por recrear en la soledad de su habitación mientras escuchaba alguna música evocadora y que conseguían distraer su tediosa existencia. El sol de atardecer destellaba sobre los rascacielos de Manhattan y él estaba allí en cuerpo y alma, en el centro del mundo, con Angya.

## **El monitor**

La casa de Berta no era grande, pero estaba decorada con muebles de mimbre y madera de exquisito gusto y resultaba acogedora. Desde la ventana del salón, situada en un chaflán del edificio, se tenía una agradable vista de la calle Bravo Murillo, iluminada por centenares de bombillas multicolores que felicitaban la Navidad a todos los que transitaban bajo ellas. Él debería haberse mudado a una casa así, haber buscado un lugar desde el que fuera posible contemplar el ir y el venir de las gentes y poder pasar las

horas muertas, un lugar que le hubiera permitido dejar definitivamente atrás su pasado y sus referencias.

-Estoy deseando que se acaben las fiestas para que quiten esas malditas luces. No me dejen dormir -comentó Berta mientras se perdía de vista tras la pared del pasillo.

-Con las persianas bajadas no debería entrarte luz.

-No puedo dormir con las persianas bajadas del todo. Me empiezo a angustiar y acabo desvelada. Ese es el problema. Ven, estoy en la cocina.

Miguel salió al encuentro de Berta, pasillo adelante.

¿Te preparo un whisky?

-¡Sí, por que no!

-Si el whisky mejora con el tiempo éste deber ser de primera calidad; lleva aquí por lo menos ocho años -dijo Berta según asía una botella de Jonnie Walker que acababa de sacar de una estantería llena de licores y bebidas alcohólicas de distintas clases. Miguel observó en silencio cómo Berta echó un buen montón de cubitos de hielo en un vaso largo, vertió después sobre él una generosa cantidad de whisky y se lo tendió por último a Miguel; éste agradeció a Berta el gesto y bebió un sorbo mientras la observaba con disimulo; que Berta había sufrido a manos llenas se notaba, pero este hecho sólo se hacía patente en sus silencios, cuando la pena le nublabla la mirada y las sombras oscurecían sus ojos enormes y llenos de vida. Berta era todo cuanto un hombre amante de la integridad y de la franqueza podía esperar cabalmente de una mujer, y esto resultaba tan obvio que cualquier otra manifestación por conocer de su carácter, aunque no fuese tan afortunada, quedaría necesariamente relegada a un segundo plano. Podrían estar juntos una hora, una semana o un año; Berta sería fiel a sí misma en todo momento.

-Tengo cerca de quince mil fotografías en el ordenador -comentó Berta mientras rellenaba con delicadeza unas *mediasnoches* con diversos tipos de fiambres.

-¿Son todas de Long Island? -preguntó Miguel con manifiesto asombro.

-No, sólo las de mi hija, alrededor de quinientas. El resto son mías. Soy aficionada a la fotografía.

Berta introdujo las medianoches en el horno microondas con el que contaba la cocina y se dirigieron posteriormente hacia su despacho, una habitación cálida y funcional, con una amplia mesa de trabajo sobre la que reposaba un monitor de pantalla plana de considerables dimensiones, una impresora de última generación, varios cables sueltos para conectar periféricos, un teclado y un ratón inalámbrico, ambos de diseño, así como una lámpara que iluminaba con tonos esmeraldas otros objetos dispuestos en el escritorio, entre ellos, un marco conteniendo la fotografía de una chica joven, que, por sus rasgos, Miguel imaginó que debía tratarse de Ana. Era evidente que Berta pasaba muchas horas sentada a la mesa de su despacho y que usaba el ordenador con frecuencia para algo más que ver fotografías. Berta y Miguel se acomodaron frente al monitor en la grata penumbra en la que quedó sumida la estancia.

-Esta es mi hija -dijo Berta entregando a Miguel la fotografía enmarcada.

-Muy guapa -comentó Miguel tras observar el retrato con calma durante unos instantes.

-Si alguien me hubiera dicho cuando era adolescente que alguna vez tendría una hija y que podría pagarle los estudios de medicina en Nueva York, no me lo hubiese creído -dijo Berta mientras ponía en marcha el ordenador-. Mi padre trabajaba de conserje. Cuando nos tocó la lotería fue como si de repente se nos abriera el cielo delante de nosotros. Eramos muy pobres, tan pobres que a mi hermano y a mí nos vestían con la ropa usada de mis primos. A mi madre eso le ponía enferma y, si te soy sincera, a mí también. Vivíamos en una corrala en el número diez de la calle Almansa. Todo el mundo tenía que enterarse de todo, hasta de las bragas que usabas. Menos mal que mi hija no conoció nada de eso. Cuando a mis padres les tocó la lotería dejaron la corrala, pero no abandonaron el barrio. Mi madre no quería hacerlo; compraron este piso y más tarde otro más amplio a dos manzanas de aquí, que es donde viven ahora. En

realidad, este piso es de mi hermano también, pero acordé con él en que le pagaría la ocupación de la mitad de la superficie que le corresponde en concepto de alquiler. El no quería aceptarlo, pero como su mujer es un poco quisquillosa...

Berta no acabó la frase, dando por hecho que Miguel comprendía lo que quería darle a entender.

-Es una casa muy acogedora -comentó Miguel casi al mismo que el aviso acústico del microondas.

-Las *medianoches* me reclaman -dijo Berta, levantándose de su silla y saliendo del despacho.

Miguel aprovechó la ausencia de Berta para fisgonear a su alrededor; exceptuando un precioso póster de enormes proporciones en el que aparecía retratado en primer término un faro bañado en una preciosa luz de atardecer, dorada y mística, rodeado de un mar violento y encrespado del que destellaban puntos de luz que la cámara del fotógrafo había conseguido plasmar con soberbia destreza y que daban a la imagen una apariencia casi irreal, el resto de las paredes del cuarto estaban desnudas. Miguel reparó en una estantería, a juego con la mesa del despacho, en la que se apilaban numerosos archivadores cuidadosamente dispuestos, todos ellos rotulados con nombres y números de identificación correlativos que, desde su posición, no alcanzaba a leer con claridad.

Berta entró de nuevo en el despacho llevando consigo una bandeja sobre la que reposaban las medianoches, humeantes y apetitosas.

Ese póster es una ampliación de una fotografía que hice en Pontevedra hace algunos años. La publicaron en la portada de una guía de viajes. Con lo que me pagaron no me alcanzó ni para invitar a cenar a mi hija en un buen restaurante, pero a mí me hizo mucha ilusión ver impresa una de mis fotografías en la portada de un libro.

-¿Eres profesional? -preguntó Miguel, interesado.

-No, esa ha sido la única fotografía que he vendido y lo hice más por compromiso que por otra cosa. Hago fotos porque me gusta. Todos esos archivadores que ves en esa estantería están llenos de fotografías hechas por mí. Me gusta cualquier foto en la que aparezca el mar bien retratado. A veces me paso horas mirando las fotografías que tengo en el ordenador. Ahora trabajo sólo con cámaras digitales; puedo hacer las fotos y verlas al instante, retocarlas, modificar el encuadre y llevar a imprimir sólo las imágenes que me interesan.

Berta enmudeció de pronto; tras unos instantes de silencio, preguntó a Miguel:

-¿Qué sucedió con ese amigo tuyo?

-No la volví a ver jamás. Se quedó en Rhode Island. Eso fue lo último que supe de él. Regresé solo a Madrid. Quería hablar con mi abuela y contarle lo que me había sucedido, contarle lo de Angya, decirle que nos queríamos y que pronto la conocería.

Berta, que le observaba muy seria, no se atrevió a hacer ningún comentario; se volvió hacia el ordenador, abrió en el mismo un programa para visualizar imágenes y éste comenzó a desplegar en la pantalla un sinfín de miniaturas fotográficas dispuestas por carpetas. Berta hizo doble clic con el ratón sobre la carpeta denominada "New York" y de nuevo el monitor comenzó a cubrirse de diminutas imágenes fotográficas. De pronto, y sin apenas sucesión de continuidad, una imagen llenó por entero la pantalla del monitor.

-¿Lo reconoces? -preguntó Berta a Miguel.

Miguel afirmó.

-Es el paseo marítimo de Long Beach, lo que allí llaman The Boardwalk -dijo Berta para erradicar cualquier posible duda-. Lo que ves sobre algunos de los bancos de madera son ramos de flores que colocaron en memoria del atentado del once de septiembre. En los respaldos de los bancos han colocado pequeñas placas conmemorativas con los nombres de las víctimas que residían en Long Beach.

Berta desplegó otra imagen a toda pantalla; en esta ocasión se apreciaba una vista general de una magnífica playa de arena blanca situada muy cerca de un bosque y bordeada por innumerables dunas.

-Esto es Great South Bay, en Fire Island. ¿Te suena? -preguntó Berta a Miguel con curiosidad.

Miguel negó con la cabeza. Por más que trataba de localizar en la imagen algo que le resultara vagamente familiar, no lo encontraba; en realidad, Angya y él no volvieron a pasear descalzos por la arena de ninguna playa; el tiempo cambió de repente, empezó a llover a cántaros y sólo hubo dos o tres tardes despejadas a lo largo de aquella última semana. El apartamento que alquilaron se encontraba en el segundo piso de un horrible y deprimente pabellón de cuatro plantas ubicado en primera línea de playa, justo en la esquina de Riverside Boulevard y Road Shore. ¿Cómo era posible que recordara a la perfección la expresión que adquirió el rostro de Angya al salir del coche y contemplar aquel monstruoso edificio y, sin embargo, no fuera capaz de recordar nada de lo que sucedió esa mañana de lunes, apenas unas horas antes? En una batalla desigual, y perdida de antemano, el tiempo había logrado arrebatarse de nuevo otro momento de su vida. De lo único que estaba seguro es que al llegar a Long Beach sus vidas, las de ambos, se encontraban en una difícil encrucijada.

Miguel no olvidaría jamás la expresión que adquirió el rostro de Angya al bajar del automóvil y mirar a su alrededor porque fue devastadora. No era el horrible pabellón de ladrillo rojo lo que Angya tenía ante sí, no era la playa encharcada por la lluvia ni las farolas del paseo marítimo, cuyas luces algún dispositivo automático había ya encendido en un vano intento de dar luz a una tarde tan lóbrega como los pensamientos que la mirada de Angya dejaba traslucir, sino a su hijo corriendo junto a la orilla tras aquella enorme pelota de colores que su abuela le compró en alguna tienda del paseo; veía a su hijo en el puesto de helados preguntándole si volverían a Long Beach el próximo verano; abrazándose a su padre, a quién quería con locura; contemplando el horizonte desde el

embarcadero; dormido en el asiento de atrás del viejo Chevrolet aquel domingo de regreso a Brooklyn. Veía a su hijo muerto allá donde mirara.

Recordaba a Angya asomada a la pequeña y herrumbrosa terraza del apartamento, contemplando en silencio la playa totalmente anegada mientras su verdadera mirada se perdía por momentos en las profundidades de un universo descarnado, cuyos únicos pobladores eran ya sólo fantasmas que el paso de los años había vuelto cada vez más y más transparentes. Angya había vivido alimentándose de ellos, aislándose del resto del mundo en un intento de salvaguardar la parte más hermosa de su existencia, que, de otra manera, hubiera acabado diluida entre el devenir de una vida plena. Pero el tiempo había ido poco a poco distorsionando sus recuerdos hasta convertir algunos de ellos en una especie de vulgar caricatura; la película de su vida no podía ser reproducida una y otra vez sin deteriorarse, y algunas partes de ella estaban tan veladas que sólo la imaginación de Angya era capaz de darles algún color.

Podían haber regresado a Brooklyn sin haber abierto si quiera las maletas, pero se quedaron en aquel horrible lugar, que sería el último en el que la levedad de sus existencias convergirían.

## **Jaime**

Angya estaba bellísima aquella noche, por eso no era de extrañar que consiguiera desviar todas las miradas hacia su persona. Escogieron una mesa situada junto a uno de los ventanales del restaurante, desde el cual, y pese a la oscuridad, no sólo podía barruntarse la playa, sino el batir de las olas, cuyo rumor destacaba a veces sobre el murmullo de los comensales a nada que estos bajasen la voz. Aunque no tan extrovertida y locuaz como en otras ocasiones, la actitud de Angya era francamente distendida. Brindaron con vino y con champán y amenizaron la velada con un par de cócteles de

ingredientes explosivos cuyos efectos no tardaron en dejarse sentir. Poco a poco, según Miguel lo recuerda, el silencio fue cubriendo la mesa en la que se encontraban hasta crear la engañosa apariencia de que todo había sido dicho ya entre ambos. Tras dejar bagar su vista por la playa, Angya se volvió hacia Miguel y le dijo con denotado esfuerzo:

-Yo no vi jamás a mi hijo muerto. Tom no me dejó hacerlo. Dijo que era mejor que lo recordara como era en vida. El, sin embargo, tuvo que reconocer el cuerpo.

Angya iba a decir algo más, pero se le formó un nudo en la garganta y no pudo continuar. Miguel, paciente, prefirió esperar a que Angya fuera capaz de proseguir.

-No lo resistió. Fue superior a sus fuerzas. Y se marchó justo cuando más lo necesitaba. Si no hubiera ocurrido aquello, quizá ahora estaríamos juntos, y yo sería como una de esas tantas mujeres que se consumen, eclipsadas, a la sombra de un matrimonio desgraciado. Edwards y Francesca, los padres de Tom, demandaron al colegio por negligencia. Pero a mí eso no me devolvería a mi hijo.

Angya dio un sorbo a su cóctel y continuó:

-Se portaron desde el primer momento muy bien conmigo. La casa en la que vivo es de ellos, de los padres de Tom. La compraron en el cincuenta y nueve para nosotros. Debió costarles una auténtica fortuna. Me dejaron vivir en ella con la esperanza de que su hijo regresara algún día y todo pudiese volver a ser como antes. Pero ni ellos ni yo volvimos a saber nada de él. A veces pienso que quizá esté muerto.

-¿Sigues viendo a sus padres? -preguntó Miguel, intrigado.

-Sí, son buenas personas. Lo cierto es que he querido marcharme muchas veces de esa casa y mudarme a Queens, pero ellos no me han dejado hacerlo, como si el hecho de que yo estuviera allí les hiciera sentirse más cerca de su hijo; y allí he vivido todos estos años, en una residencia cuyo alquiler no hubiese podido pagar ni ganando quince veces mi sueldo. Lo cierto es que han estado perdiendo muchísimo dinero conmigo.

Angya, cuyos ojos ligeramente congestionados por la bebida daban la impresión de tornarse líquidos por momentos, apuró su cóctel hasta dejar la copa vacía.

-Las fotografías arrancadas del álbum...

-Se las entregué a sus padres -dijo Angya sin dar tiempo si quiera a Miguel a acabar la frase.- No pienses que fui yo quien las tiró por despecho. Mi resentimiento no hubiera llegado tan lejos, después de todo, si algo hubiese que haberle echado en cara a Tom fue su cobardía, pero no otra cosa.

-Debió ser terriblemente duro todo aquello.

-Lo fue.

Angya estaba realizando un esfuerzo titánico para controlar sus emociones y evitar desmoronarse.

-A veces, cuando pienso en lo rápido que han pasado todos estos años, me invade el vértigo. He sufrido incluso ataques de pánico; creía que me moría y que lo hacía sola, sin tener a nadie próximo a quién mirar, como le sucedió a mi pequeño Jaime, que durante catorce interminables minutos estuvo debatiéndose entre la vida y la muerte de camino al hospital. Me he preguntado infinidad de veces cómo serían esos últimos instantes para él, y siempre que lo he hecho me he visto obligada a abandonar ese pensamiento porque me aterrorizaba. Intentar concebir la muerte desde dentro es horrible

-¿No crees que pueda haber algo más allá de la muerte? -preguntó Miguel a Angya muy serio.

-No sé qué pensar -contesto Angya tras unos instantes de ensimismamiento-. A veces pienso que más allá de la muerte sólo está la vida de los que se quedan y se ven obligados a seguir adelante cada vez más solos, y otras, sin embargo, creo que es la única explicación posible a tanta injusticia.

-¿Has oído hablar de Friedrich Jürgenson?

-No, ¿quién es? -preguntó Angya con curiosidad.

-Es un sueco que ha conseguido grabar las voces de los difuntos en cinta magnetofónica.

-¿Eso es verdad o me estás tomando el pelo?

-Sí, es verdad, he leído varios artículos sobre eso y han podido comprobar que sucede.

-¿Quién lo ha comprobado?

-Varios científicos. Jürgenson realizó pruebas delante de ellos y comprobaron que era cierto. El problema es que las voces quedan registradas muy cerca del ruido del fondo de la cinta y luego hay que amplificarlas para poder entender lo que dicen. El proceso es muy simple, sólo hay que dejar una grabadora funcionando un par de minutos, rebobinar y escuchar con atención la grabación.

-¿Tú lo has probado? -le preguntó Angya después de mirarle con fijeza durante unos momentos.

-No -contestó Miguel muy serio.

-¿Por qué? ¿Tienes miedo de volver a escuchar la voz de tu madre?

-No, no se trata de eso -replicó Miguel sin atreverse a puntualizar una cuestión que para él era tan íntima como llena de matices.

-¿Cómo sucedió exactamente? Lo de tu madre, me refiero, cuando oíste su voz.

-Sucedió mientras me duchaba -dijo Miguel tras unos instantes-. De pronto empecé a oír como una especie de zumbido; al principio, creí que procedía de la calle, pero luego, superponiéndose a él, empecé a escuchar la voz de mi madre. Bueno, no era exactamente su voz, sino más bien una imitación de su voz, era algo metálica y muy grave, y las palabras daban la impresión de haber sido grabadas previamente. Fue algo muy raro.

-¿Qué fue exactamente lo que oíste?

-Fueron cinco frases, una detrás de otra: “Debes ser fuerte. Tu padre llora mi ausencia. En tus átomos figura mi espíritu. Ya feliz. Algún día...”. La última frase no logró terminarla. El zumbido desapareció de golpe y con él su voz.

Angya, que le miraba con gravedad, comentó tras unos instantes de reflexión:

-¡Qué cosa tan extraña! Si yo oyera la voz de mi hijo hablándome de ese modo echaría a correr de miedo.

Berta volvió su vista hacia la playa y exclamó para sí llena de pesadumbre:

-¡Pobre Jaime, qué corta fue su vida!

Un denso silencio se adueñó de la mesa.

No volvieron hablar jamás del pequeño Jaime, ni a mantener una conversación tan triste y sombría como aquella.

Recuerda que, tras abonar la cuenta del restaurante, salieron al paseo marítimo y lo recorrieron abrazados de camino al apartamento. Y recuerda también el suave ruido de las olas batiendo sobre la playa y la luna, toda blanca, reflejándose en el agua.

Miguel notó cómo Berta le miraba, pero ésta se limitó a mostrarle otra fotografía.

## **Nassau**

Una fina lluvia que daba a la playa la apariencia de estar cubierta por una ligera bruma caía esa mañana sobre Long Beach. Si bien no hacía frío, el día no invitaba precisamente al paseo. Angya tenía prevista una excursión a los Hamptons, pero pensó que era una pena visitar aquella zona en una jornada semejante, por lo que se limitaron a recorrer Nassau en automóvil. Residencias unifamiliares de ensueño en las más tranquilas callejuelas del interior del condado contrastaban con los pabellones grises de primeros de los años cincuenta y sesenta que se distribuían a lo largo de las avenidas más próximas a la playa. Le llamó poderosamente la atención una casa en West Bay

Drive, no sólo porque la construcción era especialmente llamativa, sino porque desde el automóvil de Angya alcanzó a contemplar, fascinado, una familia numerosa felizmente reunida en torno a la mesa del jardín, que se encontraba resguardada de la lluvia bajo una especie de cenador cuyo techo se asemejaba a un emparrado de apariencia artificial. La visión, aunque fugaz, resultaba tan rígida y afectada, que a Miguel se le antojó casi irreal.

Recorrieron la región de North Shore de Nassau, los alrededores de Muttontown, Old Westbury, Port Washington y Cold Spring Harbor, lugares todos ellos famosos por sus casas solariegas. Según Angya le comentó, la novela “El Gran Gatsby”, de Frances Scott Fitzgerald, estaba ambientada en Port Washington. Miguel no la había leído, por lo que se abstuvo de hacer ningún comentario. En Old Westbury visitaron el Planting Fields Arboretum, un jardín que a Miguel le impresionó por su disposición y tamaño. También visitaron Sagamore Hill, la antigua residencia de verano de Theodore Roosevelt, situada en las proximidades del pueblo de Oyster Bay, y dos o tres lugares más cuyos nombres el tiempo había borrado definitivamente de su memoria. Aquel día regresaron tan exhaustos de la excursión, y tan tarde, que no tardaron en quedarse dormidos. Imágenes de suntuosas residencias rodeadas de jardines y automóviles de lujo, de preciosas casas construidas en madera junto a playas con atardeceres de ensueño, de hombres con cuerpos esculturales y bellísimas mujeres que parecían haber sido escogidos por el azar para una vida cómoda, sin esfuerzos ni sobresaltos, desfilaban en la duermevela de Miguel. Y como fondo gris a esas imágenes, su habitación en la colonia. Su miseria. Su pasado y su presente, de los que no era dueño. Su vida.

## **La llamada**

Angya sufrió aquella mañana un leve temblor en una de sus piernas, pero se lo tomó con bastante resignación; ya le había avisado que tarde o temprano le sucedería, por lo que Miguel intentó disimular su inquietud de la mejor manera que pudo. Por la tarde, que se presentó ventosa y desapacible, hablaron por teléfono con Carlos y con Eva desde un locutorio público ubicado frente a la playa. Carlos, que parecía contento y despreocupado, aprovechó la circunstancia para decirle que no regresaría junto a él a Madrid, que se quedaría en Nueva York hasta mediados de octubre, que ya arreglaría lo de su billete, que no le esperase. Mientras Miguel escuchaba estas palabras en boca de Carlos, se imaginó así mismo solo en el aeropuerto Kennedy y se sintió repentinamente desvalido, sin embargo, fue comprensivo ante la decisión de Carlos.

-¿Has hablado alguna vez con tu padre desde que estás aquí? -preguntó Angya después de que Miguel colgara el auricular tras conversar con Carlos.

-Mi padre y yo apenas conversamos cuando estamos juntos, y por teléfono la situación no mejora.

-Comprendo -dijo Angya tras hacerse cargo del problema.

Salieron del locutorio cogidos de la mano y comenzaron a caminar paseo marítimo adelante.

-No tienes por qué regresar a Madrid. Puedes quedarte aquí conmigo hasta que venda el coche y algunas de mis cosas, y me despida de los padres de Tom. Tengo que adecentarles la casa.

-¿Estás segura de querer regresar a España?

-Sí -contestó Angya sin el menor atisbo de duda- Mi hermano Nacho me ha repetido muchas veces que si algún día me replanteaba regresar a España dispondría de un puesto de trabajo en su empresa. Tiene una editorial de libros de enseñanza. ¿No te lo ha comentado nunca Carlos?

-Quizá lo hizo en alguna ocasión, pero no lo recuerdo.

Angya volvió la vista hacia la playa y quedó ausente durante unos momentos. Finalmente, con cierta sombra de pesadumbre, dijo:

-Regresar a España supone para mí una especie de viaje en el tiempo, aunque siempre he sabido que este momento acabaría llegando tarde o temprano. En realidad, para ser sincera, llevo dando vueltas a este asunto casi desde el mismo día que nos conocimos.

Miguel se quedó observando fijamente a Angya; tras un silencio, ésta comentó en voz baja:

-Es hora de volver.

Aquella última frase puso punto final a la conversación.

## **Insomnio**

Un penetrante olor a fuel procedente de los pesqueros amarrados a puerto se extendía por todo el muelle de Sag Harbor. Fue una tarde tranquila en la que el sonido tardo y cadencioso de los grandes motores diesel de los barcos se mezclaba con el de las gaviotas y con el del agua, grasienta, chapoteando entre los huecos de las embarcaciones, cuyos cascos de madera crujían desde lo más profundo con cada vaivén de la marea. Angya y Miguel deambulaban de un lado a otro tratando de asentar sus corazones enamorados y dar forma a un futuro nuevo en el que hubiese espacio para los dos. En realidad, Miguel no había mentido a Angya en ningún momento, pero su naturaleza reservada le había impedido sincerarse del todo con ella. Quizá debería haber aprovechado esa plácida tarde para mostrarse tal cual era y explicarle el porqué le costaba tanto decir lo que pensaba, o por qué tenía que esforzarse para no parecer disgustado y sonreír, pero no hubiera podido sincerarse con Angya hasta el punto de decirle que tenía miedo a que la relación que acababan de iniciar no prosperase, no por

desconfianza hacia ella sino hacia el futuro, llámesele suerte, destino o porvenir. Si se quedaba en Estados Unidos, su padre le daría la espalda, suponiendo que no lo hubiera hecho ya, pues esa era la sensación que tenía desde hacía tiempo, y sin Angya a su lado se encontraría definitivamente solo.

Sag Harbor era un pueblecito de pescadores en cuyos embarcaderos relucían los mástiles de un buen número de yates y veleros pertenecientes a la alta sociedad de los Hamptons, gentes cuya visión de la vida, a tenor de sus actitudes, debía ser del todo superficial. Sin embargo, paseando aquella serena tarde junto a su ángel de ojos azules, nadie hubiera acertado a sospechar que el mundo al cual Miguel pertenecía se encontraba en las profundidades abisales de un patio de ladrillo y cemento en el que ni siquiera el sol de mediodía se atrevía a dibujar contraluces.

Los días habían transcurrido demasiado deprisa y no quedaba apenas tiempo; la parte más etérea de su cuerpo comenzaba ya a sentirse inquieta ante la inminencia de la marcha y un creciente desasosiego le impedía conciliar el sueño. El mundo gris del que procedía abría sus fauces para devorarlo.

Miguel se giró en la cama y clavó su vista en la playa iluminada levemente por la luna. Las olas rompían sobre la playa removiendo con estrépito los guijarros que se extendían sobre la arena. Cada ola era distinta; algunas llegaban cansadas a la playa, como si la distancia recorrida les hubiera robado las fuerzas; otras, embravecidas, la acometían con violencia inusitada; había olas impetuosas que se montaban sobre otras y unas pocas, perdidas, no llegaban, dejando sólo un instante de demora y un silencio.

No se oía ningún ruido; sólo la acompasada respiración de Angya, que descansaba plácidamente a su lado, y el rumor de las olas, mansas, ya casi dormidas. Miguel levantó de nuevo la vista hacia la playa y vio a su madre entre las lágrimas que resbalaban hacia la almohada mojada.

### **Domingo, 3 de Octubre de 1976**

Apenas había logrado conciliar el sueño en toda la noche, por eso se le echó encima el amanecer de aquel último día, gris y húmedo, como si formara parte de una pesadilla. Su avión despegaba a las cinco y no tenía muy claro si partir en él. Se incorporó en la cama, recostándose en el cabecero, y observó, medio dormido, el deambular por la playa de un solitario paseante cuya figura desgarbada se perdía a lo lejos junto a la de su fiel compañero canino. Aunque había quedado todo dicho, él tenía otra impresión, como si nada de lo hablado a lo largo de los días anteriores tuviera consistencia ante el hecho de su partida.

Fue una mañana lluviosa en la que todo parecía extrañamente detenido, menos el tiempo, que se abría paso como la proa de un rompehielos, separando la realidad de Miguel en dos mitades, la que dejaba y la que le esperaba a su regreso. Pasearon sin ganas, por no quedarse en casa, y mal comieron, tristes, en un bar vacío, cuya camarera entrada en años intuía la separación de la partida y no les quitaba el ojo, elucubrando en su tediosa soledad quién sabe qué infinita tragedia de amor.

Angya deseaba acompañarle al aeropuerto, pero Miguel, que no lo hubiese soportado, prefirió despedirse de ella allí, en Long Beach, junto al embarcadero a través de cuyas tablas al pequeño Jaime le gustaba tanto asomarse para ver el mar, alborotado, hecho espuma.

-Pronto volveremos a estar juntos, serán sólo unos días. Cuando me recuerdes, imagínate aquí, sentada contigo en el embarcadero mirando al mar. Siempre contigo.

Angya y Miguel se besaron con vehemencia mientras la lluvia les calaba hasta los huesos y el taxi esperaba con el motor en marcha. Miguel recuerda que se le secó la boca y que el nudo en la garganta le acompañó hasta mucho después de que aquel taxi, que le llevaría a la terminal internacional del aeropuerto Kennedy, doblara la esquina de Riverside Boulevard y Angya desapareciera de su vida para siempre.

## **Las tres**

Berta apartó la vista del ordenador y se volvió hacia Miguel, cuyo rostro dejaba entrever la turbación que le había provocado recordar tantos detalles olvidados a medida que las fotografías de Berta desfilaban por la pantalla. En realidad, y aunque Miguel no había comentado nada de esto con Berta, llevaba todo el día haciendo repaso a su vida y preguntándose si su amigo Carlos, al que creyó ver esa misma mañana detenido frente a un semáforo al volante de un elegante automóvil, había vuelto la cabeza hacia la acera contraria para evitar saludarle o es que simplemente no llegó a reconocerle. Después de casi treinta años ese detalle podría parecer irrelevante, pero analizado con un mínimo de profundidad no lo era tanto, porque un encuentro como ese difícilmente se repetiría. Si Carlos hubiese vuelto la cabeza premeditadamente era porque no había dado ningún valor a ese encuentro ni a la amistad que se procesaron tiempo atrás y de la que Carlos parecía mostrarse entonces tan complacido.

Las miradas de Berta y Miguel se encontraron casi sin querer en el silencio cálido en el que se hallaba sumida la habitación. Berta, azorada, cogió su vaso y propuso un brindis:

-¡Feliz Navidad!

-¡Feliz Navidad! -exclamó Miguel haciendo chocar su vaso con el de Berta mientras la imagen de Carlos, secretamente enamorado de su tía Angya, se desvanecía en su intelecto.

Ambos bebieron de sus vasos hasta apurarlos.

-¿Te apetece otra copa? -preguntó Berta evidenciando su deseo de recibir una respuesta afirmativa.

Miguel asintió y siguió los pasos de Berta de camino a la cocina, y más tarde hacia el salón, en cuyo sofá se acomodaron justo cuando el reloj de la estancia daba las tres.

Su padre no fue a buscarle al aeropuerto y tampoco se molestó en esperarle en casa para darle la bienvenida a su vuelta. Al llegar a Madrid asumió que nada había cambiado salvo él, y que lo mejor que podía hacer era esperar paciente la llegada de Angya. Si siempre le había resultado difícilmente soportable vivir entre aquellas paredes, ahora, cegado por todas las bondades que habían desfilado ante sus ojos, aquellos muros le hacían sentirse en una cárcel. Dejó las maletas sin deshacer en su habitación y bajó al bar a desayunar, como de costumbre, por no estar allí.

-¿Tienes familiares con los que pasar la Navidad? -preguntó Berta, interrumpiendo las cavilaciones de Miguel.

Miguel tenía la íntima certeza de que sus pensamientos eran un libro abierto para Berta, por lo que prefirió sincerarse:

-Tengo un par de primos, pero no tengo trato con ellos.

-¿Y tu compañero del taller?

-Tiene su familia.

-Así que hoy has estado igual de solo que todos los días.

-Me he quedado organizando facturas y papeleo en el taller hasta muy tarde.

-¡No me irás a decir que has cenado en el taller! -exclamó Berta.

-Prefería picar algo en la oficina a encerrarme entre las cuatro paredes de mi casa.

Berta se quedó mirando a Miguel con aire preocupado; finalmente, se atrevió a decir:

-Yo no puedo permitir que comas solo en Navidad. Mañana te vienes a comer con nosotros a casa de mis padres.

-¿Y qué pensarán tus padres, Berta?

-¡Qué más da lo que piensen, ya no tengo quince años! Además, siempre han creído que estoy un poco mal de la cabeza. ¡Tú te vienes conmigo y ya está! Mañana, de comer solo, nada.

-No estoy muy acostumbrado a relacionarme con la gente, Berta, soy muy mal conversador, ya te habrás dado cuenta.

-Te vienes a comer con nosotros y no hay nada más que hablar. ¡Ya verás que sorpresa se va a llevar Rafa! -dijo Berta encaminando sus pasos hacia la extensa colección de discos y cedes que se disponía en una de las baldas de la estantería que presidía el salón.

Desde luego -murmuró Miguel en tono de voz casi imperceptible mientras seguía con la vista el recorrido de Berta por la habitación.

-¿Te gusta algún tipo de música en particular? -le preguntó Berta.

Miguel se aproximó hacia los discos compactos; tras repasar uno a uno los títulos de los temas, apartó uno del conjunto y se lo mostró a Berta.

-*Elton John*... No está mal -comentó Berta mientras extraía el disco compacto de su funda y lo introducía en el lector del equipo de música.

Los primeros acordes de uno de los temas del disco comenzaron a llenar la habitación. Miguel tomó a Berta por la cintura y comenzaron a bailar lentamente al ritmo suave y cadencioso de la melodía. Era tiempo de que sus cuerpos se hicieran uno con sus corazones.

## **La Estafeta**

Su padre apenas le hizo preguntas, lo cual Miguel agradeció porque sabía que era el mejor regalo que podía hacerle. Algún que otro comentario relacionado con los rascacielos de Nueva York y poco más, no fuera a ser que un exceso de familiaridad

entre ambos desembocara en una conversación de tú a tú y Miguel perdiera el respeto a su padre. El vacío causado por la ausencia de Angya le perseguía allá donde fuera, haciéndole sentirse como un extraño en el barrio, que se presentaba a sus ojos sucio, paupérrimo y diminuto. Un día sí y otro no se dirigía al locutorio público de la calle de la Estafeta para hablar con Angya por teléfono a la hora que habían acordado; Angya conocía las razones por las que Miguel prefería ser él quien la llamara, pero le daba algo de rabia y se apenaba. Eran conversaciones breves, sinceras y directas, cuya duración dependía de las monedas que Miguel llevara en el bolsillo, salvo la última, que duró más de lo previsto, cuando Angya le sorprendió diciéndole que había logrado vender su coche y la mayor parte de sus pertenencias, que había también hablado con su hermano con respecto al trabajo y a su situación personal y que, salvo imprevistos, regresaría a España definitivamente ese mismo fin de semana.

Miguel salió del locutorio transformado; por segunda vez, Angya le había demostrado que su palabra tenía la consistencia del diamante y que dudar de ella constituía un auténtico agravio hacia su persona. Pletórico, no sabía que hacer con tanta dicha, y pensó que lo mejor era compartirla al fin con su abuela.

Aquella noche estuvo mirando al cielo a través de su pequeño refractor hasta bien entrada la madrugada; en realidad, y exceptuando cierta ocasión en la que logró barruntar un cúmulo globular muy cerca de la cornisa del edificio de enfrente, lo cierto es que habitualmente sólo alcanzaba a distinguir algún que otro pobre agrupamiento de estrellas, la Luna, Júpiter, Saturno, casi tan alto que apenas podía dirigir el tubo del telescopio hacia él, y poco más. Pero el silencio en el que la noche sumía a la colonia le embriagaba. ¿Estaría Angya asomada a la ventana del salón, disfrutando de sus últimas noches en Brooklyn Heighs? Miguel cerró los ojos en un intento de aprehender sus recuerdos y creyó escuchar por un momento la Brooklyn-Queens Expressway, cuyo rumor se confundía en la imaginación de Miguel con el tráfico en la Avenida de Andalucía, a espaldas de su casa. Si se pudieran grabar los acontecimientos de la misma

forma que se hace con la música, para poder después revivirlos, aquella noche en Brooklyn Heights sería su preferida; después, quizá, el atardecer en el que se amaron por vez primera frente a la playa, en Long Beach. Y esos dos momentos mágicos, uno en casa de Angya y otro en el pub de David, cuando se miraron abiertamente, incapaces de desviar la mirada. Miguel se tumbó en la cama y cerró los ojos en un intento de verse transportado a aquella habitación tranquila desde la que se percibía el suave rumor de las hojas de los árboles y el eco profundo y distante de las sirenas de los barcos entrando y saliendo de la bahía; aquella habitación en la que él y el pequeño Jaime -sólo ellos dos habían dormido en ella- soñaron con cuidar de Angya para siempre. Pero por más que se esforzaba, el silencio frío de la Colonia se imponía; todo lo demás era penumbra, una experiencia abocada a la extinción en su memoria, al igual que lo sería para Angya, que dejaría enterrados sus recuerdos más queridos en una casa a la que no tendría oportunidad de regresar jamás. Angya lo era todo para Miguel, y así se lo hizo saber al día siguiente a su madre, ante cuya sepultura, en el Cementerio de la Almudena, le manifestó lo mucho que quería a Angya y lo feliz que estaba dispuesto a ser compartiendo su vida con ella. En realidad, hablarle a una lápida, por mucho que en la misma figurase inscrito el nombre de su madre bajo relieve, era algo que, además de absurdo, le hacía sentirse especialmente apesadumbrado, por lo que pidió perdón a su madre, a Dios, o a lo que fuese y decidió no volver al cementerio. Si los muertos gozaban de algún tipo de vida, desde luego en ese recinto no quedaba ni rastro. Claro que su primera intención no había sido acudir al cementerio aquella tarde, sino visitar a su abuela, a la que incluso se encontraba dispuesto a hablarle de Angya y a mostrarle su fotografía, pero se echó atrás en el último momento porque se encontraba muy nervioso. No había quedado citado de nuevo con Angya para llamarla por teléfono y tampoco ésta había concretado si llegaría en el vuelo del sábado o en el del domingo.

Su padre regresó tarde del taller, cenó algo ligero y se durmió frente al televisor, como hacía siempre. La incertidumbre apenas permitió conciliar el sueño esa noche a

Miguel, que trataba inútilmente de concebir cómo podría llegar a ser su relación con Angya en Madrid, despojada ya de ese halo de ensueño en la que se hallaba inmersa durante su estancia en Nueva York. ¿Serían su padre, o su abuela, capaces de aceptar su relación con una mujer que le doblaba la edad cuando ni tan si quiera había contado con la comprensión de Carlos? Miguel sabía que las cosas no iban a ser fáciles para ninguno de los dos, pero si Angya y él habían sido capaces de superar las barreras que en un primer momento les separaban y que hubieran dado al traste con cualquier otra relación, las que les aguardaban eran sólo nimiedades comparadas con las anteriores. Y si las cosas se torcían, siempre podía hacer las maletas y marcharse de una vez por todas.

### **La espera**

Miguel, movido por la impaciencia, entró en el locutorio público a eso de las ocho menos cuarto, las dos menos cuarto hora de Nueva York, y se dirigió a la cabina de teléfono que más le agradaba, la última a la izquierda, en donde creía gozar de un poco más de intimidad que en otras por ser la última de la hilera y estar contigua a la pared del fondo del local. Tras marcar el número de teléfono de Angya, esperó ansioso a que ésta levantara el auricular, sin embargo, no fue así. Lo intentó varias veces hasta que se dio por vencido. Si Angya regresaba en el vuelo de las cinco, existía cierta probabilidad de que a esas horas estuviese de camino al aeropuerto. Miguel salió del locutorio y se encaminó hacia su casa por la calle de la Estafeta, que se encontraba abarrotada de gentes sencillas que paseaban en familia y de chavales jóvenes, y no tan jóvenes, dispuestos a tomar el metro y el autobús para atiborrarse de cervezas en los garitos del centro hasta que cerrasen. Miguel encaminó sus pasos hacia casa por si Angya le llamaba; esa noche se acostó pronto, aunque de nada le sirvió porque tardó mucho en

dormirse. Siempre le sucedía lo mismo; basta que la necesidad de madrugar entrara por la puerta para que el sueño saliera disparado por la ventana. Si Angya había tomado el vuelo de las cinco, su avión aterrizaría en Barajas a eso de las seis de la mañana, las siete si venía con retraso. Aunque quizá no le llamara, porque si su hermano iba a buscarla al aeropuerto lo más probable es que Angya evitara que ambos se encontraran. ¿Qué quiso decir Angya cuando dijo que había hablado con su hermano acerca de su “situación personal”? ¿Conocía el padre de Carlos el motivo por el que su hermana regresaba? Miguel debería haberla preguntado abiertamente sobre éste y otros asuntos en vez de pasar por alto los temas conflictivos.

El domingo para Miguel sólo fue un día vacío e interminable, que consumió en su totalidad esperando, como le sucedió el lunes y el martes, cuyas horas transcurrieron con tedio sin apartarse apenas del teléfono. Por eso aquellos días desesperados los vivió como si se tratara de un tiempo robado durante el cual se sintió la persona más desdichada del mundo, incapaz de comprender qué es lo que había hecho mal para sufrir semejante castigo y cuál era la razón por la que ni Angya ni Carlos se ponían en contacto con él. Lamentó una y mil veces no haber tomado nota del número de teléfono de Eva cuando ésta se lo ofreció; lamentó haber regresado a Madrid en vez de haberse quedado junto a Angya en Nueva York; lamentó haberle dicho que no le llamara a su casa para evitar que su padre pudiera escuchar sus conversaciones e, incluso, por lamentar, lamentó su viaje a Nueva York y que el destino le hubiera puesto a Angya en su camino.

El miércoles volvió a marcar el número de teléfono de Angya, pero esta vez lo hizo desde casa aprovechando la ausencia de su padre. El teléfono sonaba, pero Angya no lo cogía. Tal vez sólo fuera cuestión de paciencia, después de todo el ya sabía lo que era esperar una llamada que no llega o una visita anunciada que no se presenta. Podrían haber surgido problemas, imprevistos... Pero resultaba todo tan extraño, tan incoherente, que ni de lejos acertaba a imaginar qué podría llegar a ser tan importante como para impedir a Angya llamarle por teléfono. Se sentía como si la suerte le hubiera escogido

para convertirle en protagonista de una farsa de pésimo gusto que estaba comenzando a destrozarle los nervios. Si el sábado no tenía noticias de Angya, se armaría de valor y llamaría por teléfono a casa de Carlos para preguntar por ella. Si Carlos no hubiese regresado aún de Nueva York, hablaría con su hermano, y si no, con su madre o con su padre. Pero no esperaría ni un solo minuto más. Ni uno sólo.

### **El cartel luminoso**

La luz de las bombillas de colores que daban vida a los adornos navideños dispuestos en la avenida se filtraba a través del hueco que dejaba la persiana y el suelo del balcón, iluminando en una mezcla de tonos azules, verdes, rojos y amarillos el interior de la habitación, desde la que se percibía el rumor de la lluvia mojando los alféizares de las ventanas, las paredes grises de las casas y las losetas de hormigón de las aceras. Llovía en todo Madrid y parecía que no iba a escampar nunca.

Miguel se giró en el lecho que compartía junto a Berta y al mirar a ésta, que parecía dormir profundamente, imaginó que llevaban juntos mucho tiempo y que Ana también era hija suya. Luego, mientras el insomnio le hacía encaminarse a oscuras hacia el acogedor salón de la casa de Berta, pensó que, si bien nada de eso era cierto, el sentimiento de soledad que le embargaría sería más o menos el mismo. Miguel aproximó su rostro hacia el cristal de la ventana, húmedo y frío, y se quedó observando fijamente la avenida desierta mientras su mente retrocedía en el tiempo hasta aquella mañana de sábado en la que *lo oscuro* hacía de nuevo acto de presencia en su vida. Recuerda que estaba duchándose cuando sonó el teléfono. Su padre, que libraba en el taller, lo descolgó, y este simple hecho unido a su silencio al teléfono, fue suficiente para que el corazón de Miguel se sobrecogiera. Alguien preguntaba por él y Miguel se vio obligado a salir a toda prisa del baño. Cuando cogió el auricular lo que menos imaginaba era que el

padre de Carlos pudiera encontrarse al otro lado de la línea, por eso al principio vaciló, algo confundido, para después alarmarse, presintiendo lo peor. Nacho trató de ser lo más considerado posible, pero la noticia que se vio obligado a transmitirle era absolutamente demoledora. Lo más duro para Miguel fue evitar deshacerse en lágrimas delante de su padre cuando Nacho, con la voz entrecortada por la emoción, le explicó a través del auricular que su hermana había sufrido un inexplicable accidente de automóvil conduciendo un vehículo de alquiler de camino al aeropuerto. Le facilitó la dirección de la iglesia en la que la familia celebraría el funeral y la fecha en la que el mismo se llevaría a cabo, insistiéndole en que comprendería perfectamente que no se sintiera con el ánimo suficiente como para acudir. Y le dijo también, mientras Miguel se veía así mismo asomado a la ventana de Cranberry Street aquella mañana en la que, cual funesto presagio, contempló horrorizado cómo Angya trataba inútilmente de sujetarse su pierna temblorosa, que no debía perseguirle la fatalidad del accidente porque él no era culpable de nada, pero que recordara siempre que el nombre que Angya repitió una y otra vez al equipo médico que la atendió hasta que dejó de existir fue el suyo.

Miguel levantó la vista hacia el cartel luminoso que se encontraba dispuesto de un lado a otro de la avenida y se quedó mirándolo, absorto; en sus ojos el pasado se derramaba lentamente convertido en sal mojada mientras el reflejo de su rostro en el vidrio de la ventana se confundía con el de Angya, de pie junto a la playa anegada, despidiéndose de él a medida que su taxi se alejaba. Desde fuera, la lluvia convertía a Miguel en una silueta de rasgos imprecisos asomada a una oscuridad iluminada por las bombillas multicolores de un adorno de felicitación navideña, cuyo mensaje luminoso se reflejaba en el vidrio de la ventana al revés. Y al revés se reflejaba su existencia, que observada desde fuera y a distancia, era tan imprecisa como su silueta y tan frágil como una hoja a punto de desprenderse del árbol que le dio la vida cuando el otoño se cernía sobre sus ramas. Su madre, María, su padre, su abuela, Angya y el pequeño Jaime; todos eran hojas caídas. Todos eran sombras.

### Nota del autor



La casa ubicada en el 19 de Cranberry St., en Brooklyn Heights, fue construida en el año 1901 y adquirida a sus primeros propietarios por el arquitecto Edwards Rullman y su mujer, Francesca, en el año 1959. Esta casa fue alquilada por el matrimonio en 1987 para el rodaje de la película “Moonstruck” (Hechizo de luna), protagonizada por Cher y Nicolas Cage. El matrimonio vendió la casa en 2008 a través de Elliott Lokitz, de la agencia inmobiliaria neoyorquina Corcoran Group. Si bien en esta narración se hace una referencia a Edwards y Francesca como homenaje a los verdaderos propietarios de la casa durante los años en los que transcurre la acción principal de esta novela, ambos personajes, más allá de la coincidencia de sus nombres, son ficticios.

---

*Esta narración fue terminada el domingo, 11 de Mayo de 2003.*

*Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid: M-4179-03*

*El autor: Luis J. de la Fuente*

---